

QUE NO SE ENTERE NI EL DIABLO

SILVER KANE

«En este momento acaban de meterme en el ataúd.

Entre dos hombres me han levantado a plomo, me han levantado como si fuera un pedazo de madera y me han depositado sin ninguna delicadeza en la caja, que por fortuna está acolchada y resulta cómoda. En seguida noto, de todos modos, que resulta algo corta y que mis pies rozan la parte inferior».



Silver Kane

Que no se entere ni el Diablo

Bolsilibros: Selección Terror - 157

ePub r1.0

xico_weno 03.09.16

Título original: *Que no se entere ni el Diablo*
Silver Kane, 1976
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

ONCE DE LA NOCHE

En este momento acaban de meterme en el ataúd.

Entre dos hombres me han levantado a plomo, me han levantado como si fuera un pedazo de madera y me han depositado sin ninguna delicadeza en la caja, que por fortuna está acolchada y resulta cómoda. En seguida noto, de todos modos, que resulta algo corta y que mis pies rozan la parte inferior. Oigo decir a los que me acaban de instalar allí:

—Se han equivocado en las medidas. Tenía que ser medio palmo más larga.

—¿Sabes qué te digo? Que los de la sección de carpintería de la funeraria ya no piensan en su trabajo. Se han acabado aquellos tiempos, cuando el oficio pasaba de padres a hijos y había verdaderos artistas. ¿Tú no sabes lo que le pasó a Prisley?

—No. ¿Qué le pasó?

—Bueno, pues Prisley es uno de los veteranos, un carpintero de ataúdes digno y honrado donde los haya. ¡Como que le encargaron el ataúd del rey Jorge VI cuando éste murió! Pues, llevado de su amor al oficio, el día en que su hijo menor cumplió veinte años le regaló un ataúd para cuando se muriera. La cosa más bonita y bien hecha que puedas haber visto. Algo que llenaba de orgullo. ¿Y qué crees que hizo el hijo?

—No lo sé. Ni idea.

—Pues se escapó de casa y no lo han encontrado aún.

—Menuda ingratitud… ¡Qué bestia! Cría hijos para eso.

—Por lo tanto te repito que el amor al oficio se está perdiendo. Ya no quedan aquellos artistas que parecía como si hicieran un traje a medida para el muerto. Esto mismo da asco… En fin, de todos

modos está bastante presentable, ¿no crees?

—Y tan presentable. Incluso conserva el color. Ni que estuviera vivo…

—Es que lo han maquillado un poco antes para que la familia tenga un buen recuerdo de él.

—Ah, ya.

Y me han levantado la barbilla un poco, me han situado mejor la cabeza y luego me han empujado un poco hacia atrás como si yo fuera un mueble. Menos mal que los familiares no ven esas cosas. Menos mal que no se dan cuenta de que lo que para ellos es un ser querido, para los empleados de las funerarias es una especie de objeto, de mueble molesto del que procuran desembarazarse en seguida que pueden. Luego uno de los empleados me ha tosido casi en la cara. He notado que las partículas de saliva caían sobre mi piel. Ha sido una sensación inesperada y terriblemente molesta.

Luego alguien ha abierto una puerta.

Puesto que me es imposible variar de postura, puesto que sólo veo exactamente lo que tengo enfrente del ataúd, no he podido ver quien abría esa puerta. Lo de los ojos es un grave inconveniente; mi campo visual resulta tan terriblemente limitado que la gran sala se ha convertido para mí en una especie de rectángulo a cuyo fondo hay una pared gris. En cambio el oído lo conservo perfectamente. La almohadilla que me han colocado bajo la cabeza no me impide en absoluto oírlo todo. Por eso capto a la perfección las palabras de uno de los empleados.

—Ya pueden pasar. El señor Archibald Wallace está listo para que ustedes puedan velarlo. Acepten nuestro más sentido pésame, señoras y señores. Nuestro servicio ha terminado. Gracias, muchas gracias.

Me doy cuenta de que están tendiendo las manos para que les suelten la propina. ¿Qué les dará mi esposa, siempre tan ahorradora y que además, nunca ha dispuesto de demasiados fondos? Confusamente lo veo. Les ha dado cinco libras, lo cual no está nada mal. Los empleados deben estar satisfechos, porque vuelven y colocan los cirios en mejor sitio, de modo que me iluminen mejor.

Los veo entrar entonces a todos. Mi esposa Katty, que se ha vestido de luto y a la que el luto, sorprendentemente, sienta muy bien. Mi tío Robert, el multimillonario de la familia, que no se ha

desprendido de su perrito caniche ni para velar a un muerto, pues lo sigue llevando en los brazos. Mi primo Sam, hijo de Robert, tan delgado y sinuoso como una lagartija. No es extraño, puesto que se pasa la vida en los clubs nocturnos de Londres, tiene varias amigas y bebe como un pirata, además de que últimamente se ha dado a las drogas. Pero todo eso su padre no lo sabe, y yo, cuando estaba en este mundo, no se lo dije jamás, por eso de que uno quiere conservar la paz en la familia. Tampoco, como es lógico, se lo voy a decir ahora.

También están mis dos hermanos, Fred y Margot, y además ha entrado la fiel criadita Maureen. Es decir, estamos todos, estamos cuantos formamos en este mundo el limitado círculo que lleva el apellido de los Wallace. Sí, ya sé que la criadita Maureen no lleva ese apellido, pero podría llevarlo. Tío Robert se encaprichó de ella hace dos años y tuvieron un hijo que murió. Tío Robert no se va a casar con ella, por supuesto, porque eso que llaman el «orgullo del linaje» se lo impediría. Él debe seguir siendo un «viudo digno» hasta el final de sus días. Tengo la sensación de que Maureen siente de verdad mi muerte y de que, junto con mi esposa, es la que más amargamente piensa en estos momentos sobre lo efímera que puede ser la vida.

Todos están ahora ante el ataúd, todos forman un grupo compacto que avanza en silencio, de puntillas, produciendo menos ruido que si no llevaran zapatos. Vienen hacia el ataúd y parecen como si fueran a chocar con él. Tengo incluso la sensación de que lo derribarán por el suelo.

Pero de repente se apartan. Todos se dividen a ambos lados y dejo de verlos. Produce una sensación angustiosa encontrarse tan solo, dejar repentinamente de ver, darse cuenta de que el mundo consiste sólo en una pared gris que hay al fondo. Cuando una persona está viva y quiere seguir mirando algo, puede hacerlo. Puede volver tranquilamente la cabeza. Yo no. Yo soy sólo un objeto inmóvil. Cuando una persona se aparta de mi campo visual, la pierdo para siempre.

Pero Katty aparece de pronto ante mis ojos. Se está inclinando. Produce un efecto muy extraño, casi angustioso, verla así, pues a mí me parece que estoy en el fondo de un pozo y ella se inclina poco a poco sobre el brocal, estando a punto de caer. Tímidamente me

besa.

No se atreve a hacerlo en la boca.

Lo comprendo muy bien. Tiene miedo de que mi boca despida mal olor. De que a través de ella le llegue la vaharada de la muerte.

Pone los dedos justo donde el otro ha dejado caer las partículas de saliva al toser. Me gustaría advertirla, me gustaría decirle que me bese en otro sitio, pero no puedo. Yo sólo soy un mueble metido dentro de otra mueble, una especie de tronco de madera incrustado dentro de un ataúd. Al fin la veo levantarse sorprendida y con los labios temblorosos. Dice a los otros:

—Es curioso. Aún no está frío. Mirad.

Pone una mano en mi frente y los demás la imitan. Bueno, la imita Maureen, que es una chica dulce, y la imita mi hermana Margot, porque los demás sienten aprensión a tocar a un muerto. Ponen las manos en mi frente y las dos dicen lo mismo con una expresión de sorpresa:

—Es verdad. Está caliente como si viviera.

—Es la temperatura de la habitación —dice tío Robert aburridamente—. Hace bastante calor aquí, y por tanto el muerto lo conserva.

—Pero es que tiene un color como si viviera…

—¿Olvidas que en la funeraria lo han maquillado un poco?

—Sí. Es… es verdad…

Parece como si una loca esperanza se derrumbara para Katty, parece como si hasta aquel momento hubiera pensado que yo aún estaba vivo. Desaparece de mi campo visual, y yo no puedo seguirla con ternura, como hubiese querido, pero la oigo llorar a un lado de la pieza. Los demás se han sentado y deben mirarme desde el fondo de la habitación, pero yo no puedo verlos. Hundido en el fondo del ataúd, no consigo distinguirlos.

La voz de mi hermano Fred llega entonces desde la pared gris.

—No puedo entenderlo… ¡Era tan joven y estaba tan sano, tan fuerte! ¿Qué edad era la que iba a cumplir ahora Archie, Katty?

Mi esposa dice con un hilo de voz:

—Treinta.

—Treinta años son algo risible. Como si uno acabara de nacer… Hay hombres de sesenta y cinco que están en plena juventud, o al menos se comportan como si fueran jóvenes, y sin embargo…

Tío Robert protestaba:

—¿Qué tienes que decir tú contra los de sesenta y cinco años?

No cabe duda de que eso de «comportarse como un joven» le ha caído mal. Tiene miedo de que alguien más sepa lo de Maureen y de los *téte-á-téte* que aún mantienen de vez en cuando. Ella, pobre chica, nunca se le ha opuesto a nada. Pero todos cambian de conversación.

—Mi hermano podía haber sido un auténtico Premio Nobel —dice tímidamente mi hermana Margot—. Si a los treinta años había avanzado ya tanto en el campo de la investigación de las drogas, ¿qué hubiera sucedido a los cincuenta? Era una auténtica eminencia, un hombre que sólo vivía para el mundo del saber. No sé si el país llegará a darse cuenta del gran hombre que ha perdido.

Estas palabras me consuelan, porque al fin y al cabo resulta que yo era algo así como un sabio. Al menos la pobre Margot quiere creerlo. Supongo que esta noche los periódicos imprimirán algo para que aparezca en las ediciones de mañana. La gente que vaya a trabajar a la City leerá aburridamente: «*La muerte de Archibald Wallace ha sido una auténtica desgracia para el país, puesto que a sus treinta años constituía ya una firme esperanza de la ciencia…*».

Tío Robert dice bruscamente:

—Hay cosas que no se entienden. ¡Estaba tan sano…!

—¿Tú qué edad tienes, Katty? —pregunta bruscamente Sam a mi mujer.

Me sobresalto porque sé que le gusta. Katty le gusta. Siempre ha paseado por ella miradas viscosas, pero mi presencia le frenaba. Ahora que he dejado de ser un obstáculo, quizá el muy miserable se lance a fondo. Me sobresalto, pero sigo siendo una especie de tronco metido dentro de una caja. Maureen aparece de pronto en mi campo visual mientras Katty dice con voz apagada:

—Tengo veinticinco años.

—Entonces eres una niña. Debes rehacer tu vida.

—Ejem… Es pronto para hablar de eso —murmura tío Robert—. Sam, ten un poco de respeto. El marido está de cuerpo presente…

Maureen lanza entonces un gemido.

La veo perfectamente. Está en mi campo visual. Noto que ha palidecido terriblemente. Se lleva dos dedos a la boca.

—Dios santo… —exclama.

—¿Qué pasa?

Es la voz de mi hermano Fred. Ha sonado sobresaltada. Maureen gime:

—¡Me está mirando…!

CAPÍTULO II

ONCE TREINTA DE LA NOCHE

Todos se levantan de repente, todos vienen hacia mí y chocan de verdad con el ataúd. Están a punto de volcarlo. Todo mi cuerpo vibra, pero esa brusca vibración no pueden ellos notarla.

Katty se apoya incluso en mí.

Me estremezco porque quizá se den cuenta de que puedo verles. Supongo que mis ojos están entrecerrados, pero quizá se han abierto un poco más, y eso se nota. En todo caso yo no puedo dominarlo, yo no puedo ser responsable. Mi cuerpo no funciona, está paralizado. Mis ojos tienen unos músculos que no me pertenecen. No son realmente mis ojos.

Sam, que es un hombre tranquilo y que sólo cree en las cosas palpables de este mundo, viene y me alza brutalmente un párpado.

Es salvaje su presión en mi globo ocular, porque me siguen tratando todos como un mueble, como un leño. Si yo no estuviese en el ataúd habría lanzado un grito de dolor, pero así no se mueve ni uno de mis músculos. Sam me mira atentamente y termina diciendo:

—Es natural que a los muertos se les abran un poco los ojos, como se les abre también la boca. Me han dicho que a veces, en los depósitos de cadáveres, se quedan sentados en las mesas a causa de contracciones musculares. No hay que extrañarse.

Y me ha bajado los párpados casi del todo. Con ello limita aún más mi precario campo visual, pues apenas distingo algo por entre las pestañas. Confío, de todos modos, en que mis párpados se vayan alzando poco a poco. Es de suponer que más tarde no lo notarán. No se fijarán tanto en mí. En los muertos la gente sólo se fija en los primeros momentos; luego evita mirarlos.

Maureen aún está asustada.

—Yo hubiese jurado… que me seguía con la mirada —ha dicho.

Es falso. Yo no puedo seguir a nadie con la mirada, bien lo sé. Mis ojos son los de un muerto. ¿Por qué no? Unicamente veo lo que tengo delante mismo de ellos, pero si el objeto se mueve yo no lo sigo. De todos modos es natural que Maureen, una chiquilla nerviosa, no las tenga todas consigo.

Katty gime:

—¿Pero es seguro que está muerto? Dios santo… ¿Alguien ha pensado que…?

Mi hermano Fred susurra:

—Por favor, no empieces a decir tonterías. El certificado de defunción está firmado. Lo que ocurre es que uno siempre se niega a admitir la realidad. Mira, precisamente ahí viene Larry.

En efecto, oigo sus pasos.

Todos se vuelven hacia la puerta.

Larry no camina de puntillas y tímidamente, como los otros. Larry avanza con seguridad, con aplomo. Le veo entrar, fuerte y seguro de sí mismo. Tiene cinco años más que yo, pero conserva su aire juvenil y deportivo. Se planta ante el ataúd y dice con voz opaca:

—Tiene un magnífico aspecto.

Trata de animarles a todos, pero sus palabras me suenan a sarcasmo. Eso de que un muerto tenga un «magnífico aspecto», ¿es una burla? Lo cierto es que, de todos modos, los que están en la habitación parecen animarse como si de pronto sintieran menos angustia al despedirse de mí. Larry me alza los párpados, pero él lo hace con delicadeza. Él, al fin y al cabo, es médico y además sabe cómo debe tratarme.

—Se ha iniciado la descomposición de los globos oculares —dice.

—¿Tan pronto? —gime Katty.

—No hay normas fijas para eso. De todos modos, repito que es un muerto que no impresiona en absoluto.

—¿Te has dado cuenta de que aún está caliente…? —gime Katty como si se aferrara a una loca esperanza.

—No tiene nada que ver. Depende de la temperatura ambiental. Ah… Traigo el certificado de defunción ya legalizado para que

Archie pueda ser enterrado mañana aunque sea por la noche. Con esto no habrá problemas legales.

Y entrega a mi hermano Fred un papel, quizá porque él es el más sereno de todos y es el que se ocupará de los trámites. De pronto me estremezco hasta el fondo de los huesos. Pero ¿qué están hablando? ¿Es posible que algo falle? ¿Por qué mencionan la palabra «entierro»? ¿Qué prisa tienen en hablar de eso?

Larry se acerca a mí.

Se inclina un poco.

Parece como si quisiera examinar muy de cerca mi nariz, mi boca, como si tratase de captar los menores matices de mi piel.

Y entonces me anima. Entonces me doy cuenta de que nada puede fallar.

Nadie le ve excepto yo, pero me ha guiñado un ojo mientras me sonríe levemente.

Y luego se retira poco a poco.

CAPÍTULO III

DOCE DE LA NOCHE

Katty gime suavemente:

—¿Crees que deberíamos bajar un poco la calefacción? ¿Hace demasiado calor aquí?

—No, no —decide Larry—. Está bien.

Y se retira hacia el fondo de la habitación, por lo que yo dejo de verle. La verdad es que su presencia me ha animado, porque de lo contrario, no sé si hubiera podido soportar este horror del que yo soy el centro, del que yo soy el eje en torno al cual gira todo. Oigo una serie de susurros, de voces, pero eso no me importa. Siento un infinito descanso mientras repaso mis pensamientos, mientras todo pasa por mi cerebro una y otra vez, como una vieja película que yo repasara rigurosamente a solas.

Todo empezó casi un año antes, cuando Larry y yo estábamos encerrados un domingo por la tarde en nuestro laboratorio común, en la zona de Chelsea, uno de esos domingos pesados y tristes en que la gente de Londres se pudre de asco en los parques, en que los cines están cerrados, no hay fútbol, no hay donde meterse, salvo las habitaciones donde a los desgraciados les espera una pantalla de televisión y a los afortunados les espera una mujer. A mí me esperaba una mujer, porque para eso tenía a Katty, pero jamás le hice menos caso que en esos domingos febriles en que me dedicaba a investigar, a investigar, a investigar… Lo malo era que llevábamos mucho tiempo sin conseguir nada importante, pero fue entonces cuando Larry, que además de ser un buen médico era un brillantísimo farmacéutico, me dijo:

—Ha pasado algo asombroso, Archie.

—¿Qué?

—«Satán» no estaba muerto.

Recuerdo que entonces me estremecí y que sufrí un escalofrío como si de pronto el miedo llegara hasta el fondo de mi espina dorsal. Pero ¿qué miedo puede dar un mono? Fui a la habitación contigua como un autómata, y antes de llegar a ella escuché sus gruñidos. En efecto, «Satán», el mono con el que tanto habíamos experimentado y que era famoso por su mal carácter, estaba de pie en su jaula y daba furiosos tirones a los barrotes como si quisiera salir de ella. Nos miraba con ojos inyectados en sangre y cargados de odio. Me estremecí de nuevo porque aquellos ojos eran realmente humanos. Si aquel mono pudiese hacerlo —ahora lo comprendí— me mataría.

—¿Pero cómo es posible…? —musité.

—Eso indica que por un lado hemos fracasado, pero por otro hemos conseguido algo asombroso —musitó Larry—. La «CX» no mata, pero produce efectos catalépticos increíbles. Los dos somos médicos y los dos creímos que «Satán» estaba muerto. Yo hubiese jurado que no podía equivocarme.

—Y yo.

Mis recuerdos seguían desfilando por la cabeza espantosamente quieta, seguían flotando por encima de mi cuerpo rígido mientras las voces más tímidas, más susurrantes (las voces típicas del velatorio) flotaban en el aire de la sala.

Yo recordaba ahora mis incansables experimentos con Larry, unos experimentos penosísimos puesto que ninguno de los dos tenía dinero y habíamos de trabajar en condiciones de increíble penuria. Mi tío Robert no me había querido prestar ni un chelín porque decía que eso de la investigación era una mandanga y que al dinero prestado no le volvería a ver la cara. Larry, que tenía aspiraciones de ser un día un Premio Nobel, decía que así no llegaríamos a ninguna parte, pero seguía investigando. Sin darnos cuenta nos íbamos especializando cada vez más, nos íbamos encerrando en un mundo fantasmagórico donde sólo existían fórmulas químicas, experimentos y nombres que íbamos dando a nuestros propios productos. El tiempo no existía, el dinero tampoco, la familia menos. A veces pasábamos noches enteras encerrados en la casa de Chelsea. Había llegado a conocer más las reacciones de «Satán» y otros monos que las reacciones de mi propia esposa. Nunca llegué a

darme cuenta de que, en cierto modo, eso era horrible.

Larry me había dicho:

—El porvenir de la medicina actual, el ambiente en el que se va a ganar dinero de verdad, no va a ser el de las clínicas de la vida, sino el de las clínicas de la muerte.

Confieso que yo, al principio, no le había entendido. Confieso que eso de las clínicas de la muerte me había parecido un contrasentido. Pero él me había aclarado:

—Por supuesto que la gente tratará de salvarse cuando esté enferma, y eso lo va a conseguir cada vez con mayor facilidad. Los médicos no creo que seamos ahora mejores que los del siglo pasado, porque incluso ésos tenían lo que se llama «ojo clínico», y nosotros lo hemos perdido a base de trabajar con análisis y con computadoras. Pero la cirugía y la farmacopea han progresado tanto que la vida humana se prolonga cada vez con mayor facilidad. Hoy ya es relativamente fácil luchar contra la muerte.

—Claro —dije—, lo que antes era mortal sin remedio ahora se cura. Dentro de poco es posible que se venza el cáncer, y al mismo tiempo los tratamientos geriátricos, las especialidades para viejos hacen que personas que antes eran puros sacos de lamentos practiquen ahora el tenis como personas de cuarenta años. Por eso creo que hay que cantar victoria en todos los sentidos. No sé a qué viene lo de las «clínicas para la muerte».

Larry había sonreído con suficiencia. Estaba muy seguro de lo que pensaba, como lo había estado siempre.

—Bueno —dijo—, pero convendrás conmigo en que, a pesar de todo, el fin llega un día. Hay un límite del que ya no podemos pasar.

—Claro. La última victoria es siempre de la muerte. La vida es una aventura que siempre termina mal porque el protagonista la palma. ¿Quién duda eso?

—Por lo tanto, estamos entrando en la segunda fase —había continuado Larry—. El hombre civilizado aspira a una conquista más: no puede evitar la muerte, pero aspira a no sentirla. Ya han empezado a fundarse en las grandes ciudades «clínicas del dolor» donde el paciente incurable encuentra todo lo que le haga olvidar su trágico fin: ambiente grato, trato afectuoso, música, incluso compañía afectuosa… (*En Estados Unidos, país que siempre está a la*

cabeza en esa clase de novedades, ya existe una organización profesional de personas que se dedican a hacer compañía a los moribundos. La forman especialmente psicólogos que saben en cada momento qué trato es el que necesita el paciente para que se sienta confortado. La organización ya ha obtenido un gran éxito, y sus clientes son en especial personas solas y ricas, o bien personas con familia pero que no reciben el tratamiento adecuado, porque los parientes no son expertos o están nerviosos. Es de suponer que esas organizaciones profesionales se extenderán cada vez más).

Yo había asentido con un gesto. Sí, eso era una gran verdad.

—Pero esas «clínicas del dolor», que serán el negocio del futuro, porque a ellas, durante muchos años, sólo podrá ir la gente rica y dispuesta a pagar lo que sea, fracasarán si no disponen de lo esencial: sedantes que calmen el dolor, productos que hagan que uno no se entere aunque le claven una cuchillada en el vientre. Nosotros podemos conseguir fama mundial si nos especializamos en una sola cosa: las drogas antidolorosas. Fama mundial y dinero en grande, por supuesto.

Sus ojos habían brillado mientras continuaba:

—Los productos clásicos, como la morfina, el pantopón, la buscapina y otros derivados de drogas muy conocidas, estarán superados muy pronto. Hay que investigar en drogas menos conocidas y que además de aliviar el dolor produzcan una sensación de felicidad sin dañar de una manera notable el organismo humano. Tú y yo somos expertos en drogas y las hemos analizado todas. Hay que seguir por el mismo camino.

Y seguimos por el mismo camino. Durante semanas y semanas analizamos productos nuevos hasta quemarnos las pestañas. Además nos gastamos lo poco que teníamos, pues la dificultad para obtener drogas es grande, y ningún laboratorio quería creer que las gastábamos todas en experimentos. Pensaban que las vendíamos y nos forrábamos, los muy puercos. Cuando sucedía lo contrario: para disponer de material teníamos que comprar a veces las drogas en el mercado negro.

Aquel domingo por la tarde, cuando nos dimos cuenta de que «Satán» vivía, fue decisivo para nosotros. Porque he de confesar algo que ocurre a muchos investigadores: queriendo descubrir una cosa, habíamos descubierto otra.

Me refiero a la «CX», droga artificial creada por nosotros y a la que dimos el nombre de un coche último modelo porque para nosotros era también el último descubrimiento. La trabajamos al principio pensando en algo que calmara el dolor, pero luego nos dimos cuenta de que era un veneno que mataba dulcemente y sin que uno se diera cuenta. Todas las ratas y cobayas a las que lo inyectamos acabaron palmándola con una sonrisa en la boca, si es que los animales sonríen. Pero todos nos entendemos, ¿no es eso?

Yo propuse abandonar la investigación, puesto que un resultado así no nos servía, pero Larry fue de la opinión contraria. Larry siempre está dispuesto a trabajar en lo que puede tener un valor comercial en el futuro, sin pararse demasiado en los problemas morales, porque dice que la medicina nada tiene que ver con la religión. Por ejemplo, él afirma que llegará un momento en que muchos países permitan la eutanasia, o sea la muerte sin dolor. Que llegará un momento en que el enfermo incurable dirá:

«Ya estoy harto. Liquídenme».

Y el médico podrá hacerlo. O podrá hacerlo, también, a petición de los familiares, en cuyo caso no hay la menor duda de que la fabricación industrial de un producto que mate con sensación de felicidad significará millones y millones de beneficio, porque los productos que existen hoy día, se diga lo que se diga, causan algo de sufrimiento. Al menos ésa era la opinión de Larry, contra la que yo iba seriamente. Porque a mí la eutanasia, no me parece moral, y además pensaba que no valía la pena matarnos tanto para descubrir, al fin y al cabo, un veneno.

—Bueno —había dicho Larry—, pero al menos veamos la parte práctica del asunto. Supongamos que no se aplica a las personas. ¿Pero qué me dices de los animales? En todo el mundo, millones de perros y gatos incurables son sacrificados cada año por sus dueños con el producto más suave que encuentran, porque no quieren verlos sufrir. Imagina un producto que además «les dé felicidad». Lo venderemos a toneladas. Yo creo que hay que seguir experimentando con el «CX», aunque no dejemos las otras cosas.

Y seguimos. Después de inyectar el nuevo producto a animales pequeños, nos decidimos a probar con un mono. «Satán» era el que nos resultaba más antipático, pues aunque no se distinguía de los otros por su pelaje, tenía un carácter endiablado. Lo elegimos a él.

Le inyectamos y la diñó. El suyo fue un sueño dulce. Luego Larry y yo hubimos de dejar Londres un par de días y conservamos el mono en su jaula para retirarlo cuando viniéramos y hacerle la autopsia, puesto que aún no se habría descompuesto. Nos convencimos bien de que estaba muerto antes de marchar. Y aquel domingo… ¡aquel domingo resultó todo alucinante, increíble!

¡Porque «Satán» estaba vivo en la jaula!

¡Y tiraba rabiosamente de los barrotes!

¡Había «resucitado»!

Bruscamente nos dimos cuenta de que habíamos descubierto uno de los productos más asombrosos del mundo: un cataléptico fabuloso, una droga capaz de producir la muerte clínica y luego devolverte al mundo de los vivos sin aparente perjuicio. Las posibilidades de aquello eran incalculables, en especial para provocar una especie de hibernación en los seres humanos. Cuando aquello hubiera progresado, uno podría «morir» durante ocho años, diez, quizá más, y luego «volver» como si tal cosa. Nos dimos cuenta de que estábamos al principio de un camino de fábula, al principio de un sueño.

Estábamos tan nerviosos que aquella noche descuidamos las jaulas y los monos se nos escaparon, incluido «Satán». También perdimos por error las anotaciones con las dosis exactas que le habíamos administrado. Había que empezar de nuevo, pero empezamos.

De momento sabíamos que la «CX» causaba la muerte a los animales inferiores, pero a los superiores no. Ensayamos con perros y nos dimos cuenta de que cada animal necesitaba una dosis distinta. Bastantes perros se nos murieron. En cambio hubo otro mono que ni siquiera se dio por enterado de que le habíamos administrado «CX». Todo eso nos sumió en una serie de terribles vacilaciones.

Ahora, cuando estoy en el ataúd, cuando todos los recuerdos desfilan por mi mente en silencio, todo aquello me parece una loca aventura, pero la verdad fue que la seguimos hasta el final. Conseguimos una dosis parecida a la de «Satán» —al menos por lo que recordábamos— y se la inyectamos a otro mono, pero éste estuvo en catalepsia sólo unos minutos. Aquella serie de fracasos después del éxito inicial nos obsesionaba.

Así habíamos transcurrido tiempo y tiempo.

Una cosa, sin embargo, estaba clara: unos animales morían y otros no, estando entre estos últimos los animales superiores. Además cada organismo necesitaba una dosis diferente, cosa que no podríamos aclarar si no experimentábamos de una vez con seres humanos.

Pero eso era imposible.

En las clínicas no nos lo permitirían.

Y no íbamos a secuestrar a una persona para someterla a pruebas. Yo, al menos, no lo hubiese tolerado. De forma que nos encontramos ante un dilema espantoso: renunciar o probar con nosotros mismos.

Tomamos entonces la suprema decisión. No es nada nuevo, al fin y al cabo. Otros investigadores la habían tomado cientos de veces antes que nosotros, dispuestos a sacrificarse por el progreso de la ciencia.

Nos inyectamos pequeñas cantidades en el mayor secreto, empezando por mí mismo. El resultado fue un sueño atroz en el que parecía muerto, pero durante el cual no perdí las constantes vitales. Él susto que le pegué a Katty fue terrible, pues ella no sabía nada. El lema que había adoptado Larry y yo era absoluto: «Que no se entere ni el propio diablo».

A continuación se inyectó Larry una dosis más fuerte, y la consecuencia fue el mismo sueño atroz, pero las constantes vitales casi desaparecieron. Aquello era peligrosamente parecido a la muerte, tanto que me asusté y me juré a mí mismo no continuar más. Sin embargo, Larry se recuperó dos días más tarde con una salud perfecta. Era un éxito.

Pero la catalepsia, es decir la muerte artificial, no se había producido. No había ocurrido lo de «Satán». Había, pues, que seguir adelante.

Lo peor era que la dosis administrada a «Satán» y que parecía ser la justa, no la recordábamos. Esas cosas suelen ocurrir cuando se trabaja con márgenes de milésimas de miligramo. Entonces decidimos hacer una prueba decisiva y confiar en la suerte. Pero era tanto el riesgo que no resultaba lícito cargar con él a uno u otro. Decidimos que había que jugárselo a los dados.

Ganó Larry.

De las tres tiradas, las suyas fueron siempre las más altas.

Y así estaba yo ahora. Se me había administrado una dosis de «CX» que en teoría debía producirme la muerte artificial capaz de engañar a cualquier médico. En teoría también, yo debía recuperar la plenitud de mis facultades físicas antes de las veinticuatro horas, es decir antes de que me enterrasen. Además, por si algo fallaba, estaría Larry allí. Larry había de ser mi hada buena en aquellas horas decisivas.

Por supuesto que quedaban montañas de dudas. Por supuesto que aquél era un experimento a tumba abierta.

En primer lugar: ¿conservaría yo un mínimo de facultades mentales y sensoriales? ¿Podría «oír» y «ver»?

¿Me recuperaría en el plazo fijado?

¿Lograría engañar al médico que había de certificar la defunción?

¿Diría algo a Katty? ¿La prevendría para evitarle aquel trauma espantoso?

Sobre esto último decidimos que no. Si mi «muerte» era capaz de engañar a mi médico de cabecera, tenía que engañar también a mi propia esposa. Era un experimento secreto y en cierto modo ilegal. No podíamos dar sobre el mismo ninguna noticia, al menos hasta que las cosas hubieran resultado bien, porque en caso contrario podía haber una mala interpretación y Larry ser acusado de asesinato. Por otra parte, no niego que me dominaba la curiosidad, una curiosidad muy explicable y que ha dominado antes a millones de seres humanos: ¿cuál sería la reacción de Katty al verme muerto? ¿Lo sentiría de verdad? ¿Demostraría quererme realmente? ¿Qué parientes lamentarían mi muerte con sinceridad? ¿Qué otros se burlarían diciendo que al fin y al cabo yo había vivido como un idiota? ¿Qué dirían mis amigos? ¿Los periódicos hablarían de mí o, por el contrario, no encontraría ni siquiera la piedad de una línea dedicada a la memoria de mi ciencia?

Sí. Miles de seres humanos han experimentado esa misma curiosidad, pero no han podido verla satisfecha, porque hasta ahora no se ha podido atravesar el umbral de la muerte y volver de ella. Yo, en cambio, sí que podría. Yo tenía en mis manos un poder que estaba dispuesto a usar. El poder de «ver» después de mi muerte.

Larry me había dejado la mezcla preparada la noche anterior y

yo mismo me la inyecté por la mañana en el cuarto de baño. Luego destruí cuidadosamente la ampolla, la jeringuilla y la aguja, arrojándolo todo por el WC. No ignoraba que estaba jugando con mi piel, no ignoraba que aquello podía ser un suicidio, pero no tuve miedo. Al menos he de decir esto en honor mío: mi mano no tembló. Después de eso me tendí de nuevo en el lecho diciendo que me encontraba mal, y acto seguido perdí el conocimiento. Empezó la terrible noche.

Mis pensamientos se nublaron.

Se fueron para siempre.

Dejé de existir.

De pensar.

De ser.

Pero algo vibraba en mí, algo que no se había extinguido aún en el fondo de mi vida, algo iluminaba todavía los secretos de mis nervios. Por la tarde empecé a tener algunas sensaciones otra vez. No podía decirse que yo hubiera despertado porque realmente no sé si nunca había estado dormido, Pero algunas sensaciones puramente cerebrales empezaron a rebrotar igual que si verdaderamente no hubieran estado extinguidas nunca de una forma total. Me di cuenta de que «pensaba», aunque no pensara nada concreto, aunque me fuera imposible fijar una sola imagen o un solo concepto en mi mente. Y entonces, cuando las voces sonaron en torno mío, me di cuenta de que podía oír, pero me di cuenta también de algo asombroso. No sé cómo explicarlo.

LAS SENSACIONES LAS CREABA YO MISMO.

A ver si puedo precisar mejor. Lo que yo sentía no era por ejemplo la voz o la luz, sino la interpretación mental que yo daba a esa voz o a esa luz. Cuando un niño oye la voz de su madre «no piensa» que aquélla es la voz de su madre, pero lo sabe. Hace simplemente una interpretación de un sonido que está ligado a su instinto. Yo oía la voz de mi mujer y sabía que era la voz de mi mujer, aunque realmente aquella voz parecía no pasar mis sentidos, sino directamente por mi cerebro. ¡Cuántas veces las cosas conocidas no las miramos, sino que las intuimos! Sabemos que están allí y basta. No necesitamos ni comprobarlo con los sentidos; el cerebro y los recuerdos nos lo dicen sin necesidad de emplear los ojos. Pues bien, en un mundo totalmente desconocido —como por

ejemplo si me hubieran llevado a un depósito de cadáveres— yo no habría oído ni sentido nada, porque las voces desconocidas no hubieran despertado en mi mente ningún recuerdo ni hubiesen tenido ningún significado. A un gusano no le importa en absoluto un concierto de Mozart, aunque es muy posible que sus sentidos lo capten. Sencillamente, para él el concierto de Mozart no es nada porque no lo interpreta, porque no deja en su cerebro ninguna huella. Unas voces desconocidas hubieran sido para mí como el concierto de Mozart para el gusano; no hubieran despertado la menor sensación.

Pero las palabras de mi mujer era otra cosa. Yo las podía ligar a mi mundo circundante. Las podía ligar a la luz de la ventana que yo conocía muy bien y enfrente de la cual me habían situado. Podía darme cuenta de que se referían a mí. En consecuencia, me situaban en un entorno familiar donde nada me era ajeno. En cierto modo podía pensar como si siguiera estando vivo.

Capté también la voz del médico de cabecera, el buenazo del doctor Johnson el cual había atendido ya a mi padre. Cargado de años y de ciencia, no se le escapaba una, por lo cual mi cerebro —que empezaba a recordar perfectamente— me advirtió que aquélla era la prueba decisiva. Todo dependía de Johnson, pues éste podía darse cuenta de que yo no estaba muerto. TENÍA que darse cuenta.

Pero le oí decir lúgubremente:

—Lo siento, Katty.

—¡Dios santo! Pero es posible que… ¡No lo creo, doctor! ¡Estaba perfectamente bien esta mañana!

—Muchas personas de las que mueren cada minuto en el mundo estaban perfectamente bien un minuto antes, Katty. Creo que has llamado en seguida al médico de urgencias porque yo estaba fuera de Londres, ¿no? ¿Y qué ha hecho?

—Le ha puesto un tónico porque ha dicho que era un ataque al corazón. Luego se ha estado un rato aquí para ver los efectos y saber si convenía llamar a una ambulancia. Pero al cabo de unos instantes ha dicho: «No hay remedio, señora. Ha muerto».

Mi cerebro, como una emisora de radio, empezó a enviar ondas cada vez más anchas, más potentes, más alegres. Y todas significaban lo mismo. Todas llevaban prendida la misma palabra:

Éxito… Éxito… ÉXITO…

Era algo tan fabuloso que yo mismo me resistía a creerlo. Había engañado a dos médicos, uno el de urgencia, y el otro el doctor Johnson. Había engañado a mi propia esposa. Todos me daban por muerto, lo cual significaba que clínicamente debía estarlo. Y sin embargo, me daba cuenta de algunas cosas. Ya digo que «pensaba» en torno a los sonidos y las imágenes conocidas. Por lo tanto «tenía una forma de vida». Ahora sólo faltaba que esa vida se fuera recobrando plenamente, perfectamente. Que yo me recuperara hasta el extremo de poder salir de mi ataúd.

Y a partir de entonces los acontecimientos tuvieron esa lóbrega, esa amarga parsimonia de lo inevitable. Los parientes fueron avisados. La funeraria también. Unos empleados que parecían haber nacido para cargar bultos en los muelles vinieron a vestirme y me dieron más vueltas que a un paquete mal hecho. Yo no sentía ningún dolor, ningún sobresalto, pero mi cerebro me decía que me estaban tratando mal. Y al mismo tiempo me avisaba de que también les estaba engañando a ellos, lo cual era una prueba más del éxito del experimento. Porque los empleados de las funerarias, que han tratado miles y miles de muertos a lo largo de sus vidas, saben distinguirlos mejor que los médicos. Y éstos no se dieron cuenta de nada, señal de que en mi cuerpo estaba empezando la rigidez cadavérica.

¿La rigidez cadavérica?

¿Podría, después de eso, recobrar otra vez la elasticidad de mis músculos? ¿Volvería a ser el que fui? ¿Podría volver atrás después del paso terrible que había dado?

Los pensamientos —si a aquello se le podía llamar pensamientos, pues resultaban muy inconexos y estaban ligados sólo a las cosas familiares— me producían una inaguantable pesadez. Era como si mi cerebro se hubiera alimentado hasta entonces con unas pilas que ya se estaban extinguiendo. La lucecita de mis ideas iba y venía. A intervalos quedaba sumido en un profundo sopor, en un vacío total, durante el cual estoy seguro de que no existía.

Y así fue sucediéndose todo hasta que me metieron en el ataúd. Y aquí estaba. Aquí estaba hundido en mis pensamientos, en mis recuerdos que a veces se hacían angustiosos, viendo tan sólo los bordes de mi ataúd abierto y la pared gris que tenía enfrente. Nada

más que eso.

Y recibiendo también la luz mortecina de los candelabros, aquella luz que debía dar a mi rostro una palidez cerúlea.

Pero de repente mis pensamientos se paralizaron. Mi cerebro empezó a recibir otra clase de ondas, más estrechas y frecuentes cada vez.

Me di cuenta de que alguien acababa de entrar.

Era Larry.

Se acercaba al ataúd parsimoniosamente.

Capítulo IV

UNA DE LA MADRUGADA

Me di cuenta de que estábamos solos, de que únicamente era él quien acababa de entrar en la habitación mortuoria, si es que podía llamarse así al sitio donde yo estaba. Mi esposa y los otros debían encontrarse en una de las salas contiguas.

Larry vino hacia mí con expresión decidida, se plantó ante el ataúd y me volvió a guiñar un ojo. Eso me tranquilizó, porque era la señal de que todo iba bien. Pero inmediatamente cerró la tapa del ataúd.

Las tinieblas más espesas bajaron hacia mí.

Dejaron de existir las cosas conocidas, y por lo tanto mi cerebro dejó de funcionar. Me di cuenta entonces, de una forma misteriosa, de que mis pensamientos se nutrían sólo de las cosas que yo ya conocía. Mi cerebro era incapaz de crear nada nuevo, de especular sobre cosas que no hubiera visto antes. Y al quedar completamente a oscuras, fue como si mi cerebro dejara de funcionar del todo. La certeza de la muerte me acometió, al mismo tiempo que me estremecía impotente, al tiempo que me acometía una sorda angustia contra la que no podía hacer nada, absolutamente nada. Todos mis nervios parecían gritar, toda mi sangre —si es que yo tenía sangre— clamaba: «¡No, esa oscuridad no! ¡No, no. MIL VECES NO!».

Aquello sí que era morir.

Aquello sí que era hundirse en la tumba.

Nadie puede imaginarse, porque nadie lo ha pasado, lo que es ver cerrarse sobre la cabeza la tapa del ataúd. Lo que es romper con las pocas cosas que aún nos unen a este mundo: una luz conocida, un cuadro familiar, una voz amiga. Lo que es esa muerte total,

absoluta, irreversible, esa separación de todo lo que amamos. Lo que es el FIN.

Mis cuerdas vocales debían estar tensas, mis facciones debían haberse crispado, mis manos debían haberse alzado, mi garganta debía lanzar un estertor…

¡NO! ¡NO! ¡NOOOOO…!

Mi cuerpo debía estar a punto de saltar del ataúd y levantar la tapa. Debía arquearse. Mis manos debían estar en movimiento…

Pero en aquel momento la tapa del ataúd volvió a alzarse y la luz llegó de nuevo hasta mi cara. En ésta no debía haberse producido ninguna alteración, ni la más mínima, porque Larry no hizo el menor gesto. Seguro que me veía como antes. Eso significaba que mi cuerpo era el de un muerto. Y eso quería decir que el experimento era un éxito fabuloso, que estaba más allá de lo que pudimos imaginar, pero esta vez, en lugar de sentir alegría, SENTÍ MIEDO. El miedo empezó a formar parte de mi naturaleza. El miedo llegó hasta el fondo mismo de mi sangre, si es que yo tenía sangre.

Ahora me daba cuenta de hasta qué punto estaba en manos de Larry. Si mi recuperación se retrasaba, ¿qué pasaría? ¿No cometería Larry un fallo? ¿No se descuidaría y permitiría que me enterrasen?

No, no sé descuidaría porque una cosa así era elemental. Poco a poco sentí que la confianza volvía a mí y que mi cerebro emitía de nuevo unas ondas más iguales y más tranquilas. Podía tener la máxima fe en Larry por dos razones: porque era mi amigo y porque necesitaba que yo me recuperara. Haría cualquier cosa para eso. De lo contrario, ¿cómo demostraría el éxito del experimento? ¿De qué habrían servido tantos esfuerzos?

Se inclinó sobre mí. Veía perfectamente su rostro enmarcado en aquella especie de pozo oblongo que era el ataúd. Sus labios mostraban una sonrisa cansada y que a mí me pareció algo cínica, pero la verdad era que Larry había sonreído siempre así, quizá porque no creía en apenas nada de este mundo. Con voz muy suave me preguntó:

—¿Cómo te sientes, Archie?

Toda pregunta era absurda, puesto que yo no podía contestarla, pero quizá con ello Larry quería darme una sensación de normalidad. Yo notaba, en efecto, que las cosas conocidas volvían y

que mis pensamientos se apaciguaban. La sensación de que mi cerebro era una emisora de radio se hacía más intensa cada vez, y yo notaba, cuando estaba tranquilo, que las ondas eran iguales. Cuando algo me alteraba, aquellas ondas se entrecruzaban y parecían volverse locas. Pero lo más terrible no era eso, sino que se extinguieran, como cuando había sido bajada la tapa del ataúd. Eso no podía soportarlo, me llenaba de una angustia que no tenía nombre.

Larry continuó:

—Ahora se han ido todos. Sólo queda tu hermana Margot.

La lucecita se encendió y apagó en mi cerebro. ¿Por qué se habían ido todos? ¿Qué demonios pasaba?

Larry me lo explicó con la misma voz tranquila:

—Verás, la cosa es muy sencilla. Tu tío Robert ha visto a Katty tan deprimida que se la ha querido llevar a tomar algo, porque de lo contrario se va a desmayar. Una cosa tiene de positiva esta prueba, muchacho: tu mujer te quiere.

Yo hubiese querido que mi cuerpo, que mi rostro, denotaran la paz que de pronto sentía, pero todo era quietud y silencio en mi piel, en mis nervios. Larry me miraba como si yo fuera un paquete, y así debía serlo en efecto. Con la misma voz apaciguadora dijo, mientras se inclinaba más y más, hasta casi rozarme:

—Como te explicaba, Katty estaba tan deshecha que tío Robert ha decidido llevársela casi a la fuerza. Tu hermano Fred y tu primo Sam también les han acompañado. Supongo que volverán dentro de una hora, pero como esto no podía quedarse solo, hemos permanecido aquí Margot y yo.

Perfecto. Eso significaba que las cosas marchaban. Con Larry y Margot allí, no me podía pasar nada malo.

De pronto sonó el chasquido de una puerta.

Larry dio casi un terrible salto hacia atrás.

Margot acababa de entrar de pronto. Lanzó una especie de gemido.

—Pero Larry… ¿qué pasa?

—¿Qué pasa de qué?

—¡Yo juraría que te he oído! ¡Que estabas hablando con el muerto!

Mis ondas cerebrales otra vez se entrecruzaron, se crisparon y

parecieron romperse mientras formaban una especie de tempestad. ¿Descubriría Margot algo? ¿Tendría Larry que explicarle lo que pasaba?

Pero Larry era un hombre de recursos. Dijo con voz apenada:

—Estaba rezando en voz alta.

—Pues me… me habías asustado.

—Lo siento de verdad, Margot. Realmente lo siento.

—¿Por qué te inclinabas tanto sobre el ataúd?

—Me estaba despidiendo de tu hermano. Hemos sido grandes amigos, ¿sabes? Unos amigos entrañables. Y no puedo resistir la idea de que no lo veré más.

—Lo comprendo muy bien, Larry. Y de verdad lo siento yo también. Me doy cuenta de que te he asustado.

—Bueno, no… Me has sorprendido.

—¿Sabes que tengo miedo de estar allí sola?

—Pues trabaja en algo. Es el mejor sistema para distraerse. Por ejemplo, ¿están todos los cacharros de cocina limpios?

—¿Y a qué viene eso ahora?

—Pueden llegar visitas. La casa tiene que estar impecable.

—Sí, ya lo comprendo… —Margot se pasó una mano por los ojos con gesto de cansancio—. Iré a ver qué tal está todo.

Y salió. Al cabo de unos momentos volvió con expresión más aliviada.

—Katty es una mujer muy previsora —dijo—. Ha puesto el lavavajillas. Todo está perfectamente limpio e impecable.

—Ah, muy bien.

—¿Vas a quedarte aquí, Larry?

—Sí, dando por descontado que a ti te parezca bien.

—Por supuesto. Voy a beber algo. Creo que mi hermano tenía un par de botellas de buena calidad en el bar.

—A mí también me sentaría bien un trago —dijo pensativamente Larry—. Si no te importa, dentro de cinco minutos me traes la botella y una copa.

—Ya te lo traeré, Larry.

Apenas ella se marcha, Larry empieza a desplegar una febril actividad, una actividad que realmente no comprendo. Debe ser algo que está relacionado con el experimento, pero he de reconocer que al menos lo que veo ahora no lo habíamos previsto.

Está situado en mi campo visual cuando se pone unos guantes que lleva en el bolsillo de la americana. He de suponer que quiere tocarme con ellos para comprobar algo, pero, por el contrario, ni siquiera se acerca a mí. Es sorprendente.

Desaparece de pronto de mi campo visual.

Oigo que una puerta se abre y cierra con suavidad.

Mi cerebro funciona. Cuando se trata de cosas conocidas, las ondas me llegan con perfecta claridad. Sé que la puerta que acaba de abrir es la que da a un corto pasillo y desde allí a la cocina.

Al cabo de un instante regresa.

Vuelvo a oír el roce de la puerta. Y vuelve a aparecer en mi campo visual.

Está sonriendo.

Su sonrisa es cansada, un poco cínica, un poco triste. Da la sensación de un hombre al que ya nada le importa nada, pero que aún conserva una gran obstinación. Me doy cuenta entonces de que aún lleva los guantes puestos, y además, advierto un detalle increíble.

Sostiene un enorme cuchillo. Es la pieza más grande que tenemos en la cocina: el cuchillo de trinchar carne.

¿Para qué diablos lo quiere?

¿Qué piensa hacer?

A todo esto han debido pasar ya los cinco minutos que dio a Margot para que trajese la bebida, porque oigo su taconeo que se acerca a la puerta. Larry permanece en mi campo visual y veo que oculta el cuchillo a su espalda.

Esto no tiene sentido.

Pero seguro que quiere hacer un experimento conmigo. Por ejemplo hacerme una pequeñísima herida para ver si yo reacciono o siento.

Me vuelvo a tranquilizar.

Su voz rasga entonces la calma de la habitación.

—No, Margot, todavía no —dice.

—¿Sigues rezando?

—Sí.

—Pues te traeré el *brandy* dentro de un par de minutos.

—De acuerdo, gracias.

Margot es muy servicial y ha hecho siempre lo que le mandan.

Tiene alma de ama de llaves. Oigo su taconeo que se aleja y entonces Larry se aproxima con el cuchillo. Se inclina sobre mí.

Va a pincharme.

Mis músculos se estremecen con una crispación de miedo, o al menos deberían estremecerse. Pero no ocurre así. Sencillamente no ocurre nada ni siento nada. Mi cuerpo sigue siendo una especie de tronco dentro del ataúd. Larry se inclina aún más y hace entonces otra de aquellas cosas increíbles.

Toma mi mano derecha.

Cierra mis dedos sobre el mango del cuchillo. Sencillamente, hace que yo lo empuñe, aunque no noto absolutamente el contacto del metal. En realidad no siento nada, pero «veo» lo que hace. Cuando he tenido unos instantes el cuchillo, que está levemente húmedo, lo retira y coloca mi mano en posición normal. Me doy cuenta de que mis huellas digitales han debido quedar marcadas, pues aunque mi piel no tenga secreción y por lo tanto sea muy difícil que imprima nada, el mango estaba húmedo y por lo tanto las huellas deben haberse marcado. Por descontado que eso sigue sin tener sentido. No entiendo nada.

Y entonces entra Margot.

Viene sonriendo.

Ha entrado en mi campo visual. Quiere estar anima da y animar a Larry. Su sonrisa es la de una auténtica, una sincera buena chica.

Él mantiene aún el cuchillo oculto a la espalda.

Dice con voz opaca:

—Gracias, Margot.

—Toma. Es coñac francés legítimo. Supongo que te gustará.

Y le tiende la botella y una copa. Sus manos están alzadas así. Los dos brazos se han tendido hacia él. Parece como si quisiera abrazar a un amigo o como si se rindiera ante un enemigo. Larry dice con voz seca:

—Pues claro que me gusta…

Y de pronto dispara la mano derecha.

La mano en que conserva el cuchillo.

Bruscamente hunde la hoja en el corazón de Margot. La hunde por debajo del seno izquierdo. La terrible hoja de acero tiene que llegar hasta el fondo mismo del miocardio. Soy médico y lo sé, como lo sabe también Larry.

La retuerce un momento allí.

Cruelmente.

Salvajemente.

El destrozo en el corazón tiene que ser espantoso. Una hoja de acero haciendo el molinete así, dentro de la víscera, tiene que aniquilarla por completo. Me doy cuenta de que los ojos de Margot se dilatan, de que su cuerpo se estremece, de que su garganta envía al aire un estertor… ¡Me doy cuenta de que Margot va a morir! De que delante de mis propios ojos… ¡HA SIDO ASESINADA…!

Capítulo V

UNA TREINTA DE LA MADRUGADA

Todo el cuerpo de mi hermana se estremece. Yo lo estoy viendo y mis nervios saltan, mis músculos vibran, mi cerebro queda sometido a tal tensión que parece un hierro al rojo, pero nada se mueve en mí. Y entonces me doy cuenta de algo espantoso, de algo que hasta este momento no había valorado: el hecho de que el cerebro mande alguna cosa y los músculos no lo hagan. El hecho de que no tenga fuerzas, ni vigor, ni sangre. El hecho de que sólo tenga VOLUNTAD. Pero la voluntad de nada sirve si el cuerpo no obedece. Podrían arrojarme a una hoguera y yo no haría nada por evitarlo. Han matado a mi hermana delante de mis propios ojos y yo ni siquiera he podido mover una pestaña.

Las ondas de mi cerebro se entrecruzan, se extinguen, se ahogan, vuelven, se disparan… Si hay gritos de horror que no tengan que pasar por la garganta, en este momento yo los estoy lanzando. Todo mi cuerpo es una llaga, un alarido, una convulsión. Pero eso SOLAMENTE LO SE YO. Cualquiera que me estuviese mirando vería simplemente el cuerpo yacente. De pronto mi cerebro se apaga y se hace el vacío. Pero al instante vuelve a encenderse la lucecita. Los pensamientos continúan.

Me doy cuenta de que Larry ha asestado el golpe bien y en el punto exacto. Por otra parte, apenas ha debido brotar sangre. Se inclina entonces sobre mí, saca el pañuelo del bolsillo superior de mi americana y tapona la herida. Esto no lo veo porque Margot está en el suelo, pero debo suponer que lo hace. Casi inmediatamente veo que el pañuelo está rojo. Se inclina sobre mí y me lo coloca debajo de la americana, sobre el pecho, de modo que no se vea de ninguna manera.

Todo mi cuerpo vuelve a ser un grito, una angustia lacerante, una agonía mortal.

Yo no lo noto, pero la sangre debe estar resbalando a gotitas por debajo de mi camisa y circulando por mi piel. Debo estar manchándome… ¡con la sangre de mi propia hermana!

Con el mismo pañuelo debe haber limpiado el cuchillo, porque está perfectamente limpio cuando vuelvo a verlo. Y entonces hace otra cosa increíble… ¡lo coloca dentro del ataúd y debajo de una de mis piernas! ¡Hace que yo lo tape con mi cuerpo!

Luego se inclina.

Mi garganta quiere lanzar al aire un alarido imposible, un grito de agonía que yo nunca podré lanzar.

En efecto, no me he equivocado. Está cargando a mi hermana sobre sus hombros, pero manteniéndola caía arriba para que a él no le manchen las gotitas de sangre que van resbalando. Yo las veo circular por el vestido de Margot, que produce un efecto casi increíble en esa posición invertida, como de arco tenso, pues su cabeza y sus piernas caen hacia abajo mientras su espalda se apoya en el hombro derecho de Larry. Me doy cuenta de que lleva una ropa interior algo anticuada y por primera vez descubro a mi hermana en su intimidad, me doy cuenta de detalles que jamás debí haber visto y que ahora no tienen importancia puesto que ella está muerta. Poco a poco, Larry desaparece con su trágica carga. Por el ruido de las puertas, noto adónde va.

Se está dirigiendo al patio posterior de la vivienda. Allí hay una vieja carbonera que ya no se usa, pues la calefacción está ya instalada a base de gas propano. La carbonera tiene bastante profundidad y en ella aún hay restos de mineral que llevan siete u ocho años allí; probablemente hay media tonelada. Si tapa el cuerpo de Margot con los pedazos de carbón, es posible que tarden semanas en descubrirla.

Vuelvo a estar solo.

El silencio me rodea.

Los pensamientos me producen una angustia lacerante, una sensación de muerte y de dolor que nada tiene que ver con mi estado físico. Me doy cuenta de que también SIENTO. De que soy capaz de sufrir y de llorar aunque mis ojos estén secos. De que en el aspecto de la sensibilidad sigo estando vivo… ¡aunque no lo

demuestre mi cuerpo!

Y sufro terriblemente, sufro una agonía sin nombre que es tanto peor por cuanto no puedo hacer nada para exteriorizarla. No puedo hacer nada tampoco para vengar a mi hermana. No puedo mover un músculo. Mi cuerpo sigue siendo en el ataúd un tronco que ve, que oye y que siente… ¡pero que para los demás no tiene ojos, ni oídos, ni tampoco corazón!

Soy sólo una cosa inerte…

Las ondas vuelven a irse. Me doy cuenta de que me hundo, de que me apago. Mi cerebro tenso vibra y hago un esfuerzo terrible de voluntad para mantenerlo en servicio, para vivir aunque sea solamente a través de él, pero las pilas se agotan irremediablemente. Y de pronto, como una lucecita que se apaga y enciende, vuelven a funcionar.

Larry regresa.

Oigo sus pasos perfectamente.

Aparece entonces en mi campo visual. Lo distingo ante mi ataúd. Veo su sonrisa burlona, sus ojos crueles. Me doy cuenta de que estoy en sus manos, de que hará conmigo lo que quiera. Mi garganta vuelve a lanzar un alarido que nadie capta, un alarido interior que quizá no existe.

Larry sigue sonriendo.

—¿Sorprendido, Archie?

La pregunta no puede tener respuesta, pero él debe dar por descontado que le oigo. Ríe silenciosamente. Luego se apoya en los bordes del ataúd como si éste fuera una mesa. Me mira fijamente.

—Dime… ¿Sorprendido, Archie…?

Y en seguida parece darse cuenta de que yo no le voy a responder. Su sonrisa se hace más ancha, más burlona. Con voz pausada y recalcando las sílabas una a una, dice:

—Pues esto no es más que el principio. No has visto nada, Archie. Pero si tienes un poco de suerte llegarás a «ver»…

Y lanza una carcajada breve, burlona, que hace temblar hasta las llamitas de los cirios. Luego se vuelve hacia la puerta, porque a poca distancia acababa de girar un llavín en la cerradura.

Ellos regresan.

Ellos, los que van a morir.

* * *

El primero en entrar es tío Robert, que por supuesto viene con Maureen. Me había olvidado de Maureen cuando contabilicé los que estaban fuera; ahora me doy cuenta de que debo añadirla también al círculo maldito en que nos encontramos todos. Detrás llegan Katty, Fred y Sam. Todos tienen un poco más de color en sus facciones porque deben haber bebido, y especialmente tío Robert está casi rojo como una amapola porque debe haberle dado a una botella de importación hasta dejarla seca. En cambio Katty me parece tan pálida como antes. Seguro que no ha probado ni una gota de licor.

Tío Robert trata de animar la cosa. Trata de adoptar un aire indiferente, como si pensara que así todos van a recordar mucho menos el cadáver que tienen delante. Sin mirarme, pregunta:

—¿Qué? ¿Todo bien, Larry?

Larry hace un gesto apenado.

—Hombre, todo bien, todo bien… —murmura—. Con Archie de cuerpo presente…

—Ejem… Bueno, no es eso lo que quiero decir —gruñe tío Robert dándose cuenta de que acaba de soltar una barbaridad—. Me refería al estado de ánimo… Me refería a si ya te encuentras mejor después del mal rato inicial que has debido estar pasando.

—Algo mejor.

—¿Y Margot? ¿Dónde está Margot?

Me maravilla el cinismo de Larry. Debe haber pensado ya la respuesta desde mucho antes porque no se inmuta. Mientras pone un cigarrillo entre sus labios susurra:

—Ha tenido que salir.

—¿A dónde?

—No sé si os habéis fijado en que no tiene vestido de luto para el entierro de mañana.

—Ah, claro, es verdad… No lo tiene.

—Ha pensado que una amiga suya puede prestarle uno. Hace poco la ha telefoneado y han quedado en verse pese a lo intempestivo de la hora. Creo que esa amiga puede ayudarla. Ah… Yo le he dado un consejo, aunque no sé si lo seguirá.

—¿Qué consejo?

—Que se quede en la casa de esa amiga a pasar la noche. ¿Qué demonios va a hacer aquí? Ni va a resucitar a su hermano ni va a

conseguir nada llorando. Puede que vuelva antes, pero si me hace caso no se presentará aquí hasta mañana por la mañana.

Todos parecen muy conformes con esa explicación, lo cual no tiene nada de extraño, pues hay que reconocer que se trata de una explicación bastante lógica. Por otra parte, Larry debe haber ensayado muy bien sus palabras. Habla con una naturalidad que hasta un actor de teatro envidiaría. Me doy cuenta de que nadie desconfía de él, de que nadie sospecha la macabra verdad. Sólo yo la sé pero no puedo hablar. Sólo yo conozco ese horror y no puedo expresarlo. Sólo yo poseo dos secretos: no sólo el de mi muerte, sino también el de la muerte de Margot.

¡Y no puedo hacer nada para revelarlos! ¡Tengo que estar allí, convertido en una figura yacente, mientras todo ese horror se desarrolla en tomo mío!

Katty se acerca y me pone una mano en la frente. No la noto, pero sé que tiene que estar en mi frente porque la posición del brazo lo delata. Una lágrima cae sobre mi piel. Eso sí que lo noto. Una súbita ternura me invade, pero es una ternura extraña, lejana, como si me enterara de eso desde el otro mundo, desde el otro lado de la Gran Frontera.

—No lo entiendo —dice Katty.

—¿Qué es lo que no entiendes?

Fred se ha aproximado también. Sus ojos tristes pasean por mi cuerpo, y adivino que en su mirada también hay sorpresa, porque debe asombrarle mi aspecto tan natural. Katty dice con voz temblorosa, como si tuviera miedo:

—Lo noto muy caliente…

—Pues a esta hora ya debería estar frío. A ver.

Otro cuerpo que se acerca, otra mano, otro roce que no llego a captar. Al cabo de unos instantes resuena la voz de Fred:

—Sí, es cierto. Yo diría que tiene la temperatura de cualquiera de nosotros. Oye, Larry, ¿tú qué opinas? Tú eres médico.

—Es la temperatura de la habitación —dice tranquilamente Larry, pero Maureen se opone con un tímido gesto.

—Pues yo he notado casi frío al entrar —susurra la criadita—. La calefacción ya no funciona como antes, ni mucho menos.

Larry se encoge de hombros. Puede hablar con aplomo porque sabe que allí nadie es médico y nadie se lo va a discutir.

—Los que mueren de un ataque al corazón y con el organismo sano —explica— conservan durante bastante tiempo un cierto nivel en sus funciones orgánicas. No quiero decir que éstas subsistan, ni mucho menos, pero los tejidos conservan una coherencia y retienen la sangre entre ellos. Por supuesto que hay casos y casos. Éste es un aspecto que los médicos estudiamos poco, puesto que no tiene ninguna aplicación práctica. ¿Qué importa la temperatura de un cadáver, si al fin y al cabo no va a resucitar por eso?

Otra lágrima quema mi mejilla izquierda. Me doy cuenta de que Katty está al borde de la desesperación y de que se había hecho una ilusión loca. La ilusión de que YO NO ESTOY MUERTO. No sabe la razón que tiene, como no sabe tampoco el horror que se esconde en las habitaciones de su propia casa.

—Lo siento —murmura Larry al darse cuenta—. Quizá he hablado con demasiada rudeza, pero ya se sabe que los muertos no resucitan. Más vale que borres eso de tu pensamiento.

—Lo sé, Larry. No me tomes por una loca, pero es que me ha extrañado simplemente que tuviera la piel tan cálida.

Y se derrumba en una de las butacas que hay al fondo. La puedo ver un poco por encima del borde del ataúd y me doy cuenta de que está cansada, deshecha,' de que el salir a la calle no ha sido ningún bien para ella. Fervientemente deseo que no salga más, que se esté toda la noche aquí, porque así tal vez podrá evitar un nuevo crimen. Y, si puede ser, que vaya a la carbonera o que al menos pregunte por Margot. ¡Que pregunte por ella!

Parece mentira lo que pasa. Es como si adivinara mis pensamientos o como si las ondas de mi cerebro la atravesaran, porque al cabo de unos instantes susurra:

—¿A qué amiga ha telefoneado Margot?

Larry se sobresalta. Seguro que no tiene una respuesta preparada para eso.

—No lo sé —murmura.

—¿No has oído el nombre?

—No.

—Pero ello quizá lo ha mencionado al llamar. ¿Era Jean?

—No, no era Jean.

—¿Gladis?

—No, no, tampoco.

—¿Berthe?

—No, seguro que no era Berthe. Me hubiese acordado…

—Pues es extraño, porque sólo tiene tres amigas en Londres a las que pueda molestar a esta hora. Y, bien pensado, tiene que ser Jean, porque ella debe tener ropa de luto al haberse muerto el año pasado su padre. Voy a telefonearla…

Larry se mueve en seguida. Por un instante parece a punto de perder la serenidad, pero inmediatamente se recupera. Con voz tan tranquila como si aquello no tuviera importancia, dice:

—Bueno, pero supón que te equivocas.

—¿Si me equivoco qué pasa?

—Nada, excepto que hace rato que ha sonado la una de la madrugada. También tendría su maldita gracia que despertaras a Jean sólo para preguntarle si ha visto a tu cuñada.

—Es verdad… No puedo correr ese riesgo.

Y Katty hunde la cabeza. Llora silenciosamente. Mis pensamientos me envuelven, mis ondas cerebrales se van haciendo cada vez más anchas, más fuertes, más penetrantes… En mi cráneo parece haber ahora una emisora de radio que funciona a toda intensidad. Tengo incluso la sensación de que mi cuerpo se mueve, pero eso no pasa de ser una ilusión estúpida.

Todos van sentándose. Permanecen quietos.

Al menos se quedan allí.

Al menos no volverá a pasar nada…

Pero al cabo de unos instantes es Larry el que dice:

—Nadie ha pensado en el sitio donde mañana vamos a enterrar a Archie.

—Claro que lo hemos pensado —se sobresalta Katty.

—¿Sí? ¿Dónde lo vais a sepultar?

—En el panteón familiar de los Wallace. Es la única herencia que le dejó su abuelo, y… ¡vaya herencia!

—Pero allí se habrán producido otros enterramientos y habrá otros cadáveres —murmura Larry.

—Por descontado que sí.

—Entonces es necesario un permiso de desinfección previo, aunque los cuerpos anteriores lleven más de dos años sepultados. ¿Quién ha pensado en eso? ¿No tendremos mañana un problema grave?

—Mejor si lo tenemos —dice Katty secamente—. Así no lo podrán enterrar.

—Mujer, no digas tonterías.

—Jamás he hablado tan en serio.

Fred, que tiene más sentido práctico, dice que es necesario ocuparse de un detalle así antes de que sea demasiado tarde. Normalmente ya deberían ocuparse de eso los de pompas fúnebres, pero ¿y si no lo hacen? Propone entonces que alguien vaya personalmente a hablar de ese problema.

Yo sé que todo es una sucia trampa, yo sé que todo da vueltas en torno mío mientras una horrible voz en mi interior grita: «No… ¡No!… ¡NO!». Lo que quiere Larry es que alguien más se vuelva a quedar solo con él, lo que quiere es cometer un nuevo crimen. Por otra parte, y soy médico también y sé que esos permisos de desinfección no es necesario pedirlos, pues si hacen falta ya se ocupan los de pompas fúnebres. Pero no puedo hacer nada para advertir a los otros, no puedo gritar, no puedo gemir siquiera… Menos mal que todos parecen bastante reacios a salir, como si las palabras de Larry hubieran caído en saco roto.

Pero al fin es Sam el que lo estropea todo. En efecto, Sam murmura:

—Yo creo que deberíamos ir.

—Vete tú —dice Katty.

No le tiene demasiada simpatía a Sam porque sabe que es un sinvergüenza. Pero él no se inmuta.

—¿Quién sabe si hará falta la autorización de la viuda? No veo tampoco que este asunto se pueda resolver por teléfono. Las oficinas de pompas fúnebres están abiertas toda la noche. Anda, vamos.

—A mí no me importaría salir un poco —dice tío Robert con voz ahogada—. Esta atmósfera me asfixia.

—Lo que pasa es que usted está a cuarenta de presión arterial —dice Larry—. Debe tener mucho cuidado con lo que come y, sobre todo, con lo que bebe. De todos modos un poco de aire le sentará bien.

—¿Y quién se quedará aquí? —Pregunta Katty—. ¿Fred?

Larry dice sibilinamente:

—Que se quede Maureen.

Mi cerebro forma otra vez un torbellino, mis pensamientos se

entrecruzan, mis ojos dejan de ver incluso en el campo visual que tengo delante. Pero no puedo evitar nada. He de limitarme simplemente a oír desde el otro lado de la Gran Frontera. Y. en efecto, oigo que Katty pregunta:

—¿Pero por qué no puede quedarse también Fred?

—Porque necesitáis alguien que conduzca el coche. Tío Robert no puede. Si tiene un accidente y le hacen la prueba del alcohol, va a estar tres meses en la cárcel. No sabéis lo serias que se han puesto ahora las autoridades con este asunto. Ha bebido demasiado antes de regresar aquí.

Y añade con voz opaca, como si el detalle no tuviera la menor importancia:

—Además me quedo yo…

La esperanza me impide ver, me impide incluso pensar. Quiero creer que Maureen se opondrá en el último momento y que todos permanecerán allí, pero la muchacha, que siempre ha sido muy tímida (por eso el sinvergüenza de tío Robert le metió mano al segundo día de tenerla en casa) dice:

—Está bien, por mi parte me quedo. Podéis ir. Al fin y al cabo tampoco vais a estar toda la noche.

—No —dice tío Robert, que tiene unas ganas locas de fugarse de este ambiente—. Es sólo cuestión de media hora.

Y se levanta en primer lugar. Todos le obedecen mecánicamente como si pensaran que ningún gesto tiene ya importancia, que al fin y al cabo la noche es eterna. Katty dice con voz ahogada:

—Creo que yo debería quedarme aquí.

—Te quedan demasiadas horas —dice Larry—. No lo sabes bien. Hala, vete.

Y todos se dirigen hacia la puerta a excepción de Maureen, que sigue quieta en su butaca. La veo confusamente y me doy cuenta de que permanece allí por simple fidelidad a tío Robert, pero yo y todos los muertos de la familia le importamos bien poco. Lo que quisiera es largarse. Y pienso con terrible congoja que se va a largar…

Las puertas se cierran.

Suenan unas breves voces:

—Hasta ahora.

—No tardaremos.

—Si viene alguna visita decidle, por favor, que en seguida estaremos de vuelta aquí.

—Sobre todo si viene algún periodista —dice Katty tímidamente, aferrándose aún a la esperanza loca de que, al menos el día de mi muerte, yo voy a ser un personaje famoso, un personaje que valga la pena.

Al fin salen.

Silencio.

Angustia.

Sólo la pared gris, la luz de los cirios y la respiración entrecortada de Maureen.

Ella se acerca poco a poco.

Veo su rostro ovalado.

Sus dedos que tiemblan.

Me doy cuenta. Sin duda tiene miedo de algo Y NO SABE DE QUE. ¿Tal vez lo tiene de mí mismo? ¿Es posible que yo ya llegue a inspirar miedo?

Con un hilo de voz dice:

—Larry…

—¿Qué?

—Estoy asustada.

—¿De qué? ¿Qué pasa? ¿Asustada de Archie?

—Sí.

—Pues no lo entiendo, porque precisamente es un cadáver que tiene un aspecto la mar de natural. Hasta a veces se asombra uno.

—Eso es lo que me asusta, Larry.

—¿A qué te refieres?

—A que tiene un aspecto DEMASIADO NATURAL.

Oigo su risita entrecortada, seca. No sé qué admirar más, si su cinismo, su redomada maldad o su habilidad de actor. Los escenarios de Londres han perdido con él una gran gloria. La risita que lanza denota tanto asombro y al mismo tiempo tanta burla que yo mismo estoy a punto de convencerme de que no sabe nada.

—Hay muertos de muchas clases —dice—. Por desgracia, éste ya se deformará. No has visto demasiados, ¿verdad?

—Nunca he visto ninguno.

—Por eso mismo: te falta experiencia. Ya te acostumbrarás con los años, ya… Por otra parte, convendría que te metieras una cosa

en tu linda cabecita: los muertos son lo más inofensivo que hay en el mundo.

—Lo sé, pero es que éste…

—… ¿Este qué?

—ESTOY SEGURA DE QUE ME MIRABA.

Larry se estremece un momento, y yo me doy perfecta cuenta de lo que piensa. ¿Estaré recuperándome antes de lo previsto? ¿Se va a ir todo al diablo? No hay duda de que me necesita «muerto» durante varias horas más. Viene en línea recta hacia mí y le veo aparecer en mi campo visual con una mueca.

Me mira.

Me examina bien.

Yo diría que hasta me olfatea.

Y al final se tranquiliza porque mi aspecto es perfectamente normal. No existe el menor indicio de que me haya recuperado ni de que vaya a hacerlo pronto. Se vuelve hacia Maureen y susurra:

—A veces los párpados de los difuntos se mueven un poco, pero eso ha sido todo. Entre una leve contracción de sus músculos y la aprensión que tú tienes, te ha parecido ver un fantasma. Más vale que bebas un trago para que te ayude a calmarte.

Pero ella no está convencida. Sus labios siguen temblando mientras se halla al borde del ataúd. Con voz casi inaudible susurra:

—Larry, yo no sueño.

Claro que no sueña. Yo sé bien que no. Desesperadamente, con todas las fuerzas de mi cerebro, estoy deseando advertirla. Estoy tratando de que sepa que Margot ha muerto y ella también puede morir. Los músculos no me responden porque es como si yo no tuviera cuerpo, pero quizá la terrible tensión ha hecho que mis párpados se movieran, que yo realmente LA MIRASE. Una súbita esperanza nace en mí al darme cuenta de que quizá puedo advertirla, de que tal vez logre hacer algo para salvar su vida. Pero las cosas se desarrollan de una manera muy diferente a como yo espero. Maureen, a pesar de lo terriblemente asustada que debe estar, no se mueve de la habitación…

—Larry —musita—, voy a hacer una cosa.

—¿Qué?

—No creo que esté muerto.

—Oye, ¿qué infiernos dices?

—Deberíamos llamar a un médico.

—¡Yo soy médico!

—Pero eres amigo suyo. Quizá te engañes.

—También lo ha visto el doctor Johnson. ¿Olvidas que es él quien ha firmado el certificado de defunción? Yo sólo me he ocupado de llevarlo al Registro Civil y legalizarlo todo. Pero un hombre como Johnson, con docenas de años de experiencia, no puede equivocarse.

—Larry, te digo que voy a hacer una cosa.

—¿Qué cuerno vas a hacer?

Ella no responde.

Con un gesto rápido saca una pequeña aguja con cabeza de nácar que adorna su preciosa cabellera. Maureen va peinada de un modo algo antiguo, con un pequeño moño del que esa aguja es la única «decoración». Sin vacilar, con una decisión que sólo puede venir de su propio miedo, me la clava en el dorso de la mano, entre los dedos.

Cualquier hombre que tuviera un resto de vida saltaría a causa del dolor. O en todo caso le traicionarían los nervios. Habría una contracción, un movimiento reflejo. Es eso lo que ella busca, convencerse de que realmente ESTOY MUERTO.

Y lo asombroso, lo increíble para mí, es que de verdad no noto nada: Sé que la aguja se ha clavado hasta el fondo de mis tendones porque lo veo, pero no percibo ningún dolor. Mis manos tampoco se mueven; la actitud en que permanezco es la de un perfecto cadáver. La impasibilidad resulta absoluta.

Maureen me mira con ojos alucinados.

Pero ya no está tan asustada.

Se ha convencido.

El que está asustado es Larry, quien se estremece ante lo que podía haber resultado de todo aquello.

—Ha sido una brutalidad —dice sin poder contenerse—. Hay que guardar un respeto mínimo a los muertos.

Maureen se da cuenta. Ahora, de pronto, cuando ha cesado un poco su terror, comprende que ha hecho mal. Bruscamente se lleva las manos a la cara y de su garganta escapa un gemido. Da media vuelta y sale corriendo de la habitación.

Oigo la puerta.

Y la respiración agitada de Larry.

Se acerca a mí.

Noto que está nervioso, muy nervioso. Por un lado le estremece pensar en lo que podía haber sucedido si yo llego a brincar al serme clavada la aguja. Todo se hubiese ido al infierno en un momento, al menos para él. Por otro lado, le asombra lo que ha sucedido, le maravilla que nuestro experimento haya podido tener un éxito tan perfecto. Se inclina sobre el ataúd y veo su rostro sudoroso, brillante, un rostro que adquiere una calidad cerúlea a la luz de los hachones.

—Archie —murmura—, nunca creí que las cosas pudieran ir tan bien. No sólo se ha conseguido sumirte en una muerte artificial, sino que toda tu sensibilidad ha quedado extinguida por el momento. No creí que lográramos un éxito tan brillante, tan total, aunque ahora recuerdo que con «Satán», el mono, pasaba lo mismo. Dos veces le pinchamos y dos veces permaneció sin reaccionar, tanto que a nosotros, dos científicos, nos convenció de que estaba muerto. Y luego ya viste… Por poco se carga la jaula de tantas energías como llegaba a tener. Ha sido asombroso, muchacho. Nunca creí que lo que conseguimos con un mono lo fuéramos a conseguir con un hombre.

Y sus nudillos crujen. Sí, ese éxito le llena de satisfacción, pero al mismo tiempo está terriblemente nervioso por otras razones. Tiene que acabar con Maureen antes de que los demás vuelvan, y además tiene que ocultarla. No le queda demasiado tiempo y quizá la cosa no le resulte tan fácil, después de todo, pese a lo confiada que es la muchacha.

¿Pero por qué tiene que matarla? ¿POR QUE? Mi cerebro no cesa de enviar ondas, no cesa de hacer preguntas que los labios no pueden transformar en palabras. ¿Por qué esos crímenes absurdos? ¿Por qué?

Entonces le veo moverse de pronto. Sus manos se transforman en dos manazas; se hacen fuertes, enormes. Confusamente me doy cuenta de que las veo así porque se acercan tanto a mi rostro que casi lo rozan. Con una fuerza que no le imaginaba, me levanta en vilo. Mi cuerpo se dobla hacia adelante, pues aún no tiene el «*rigor mortis*». Según como me sujetan, continúo siendo flexible.

Larry me saca del ataúd.

Su habilidad para moverme es más que notable. Casi me asombra, pero realmente no debería ser así. Como médico, Larry conoce perfectamente qué huesos y qué músculos van a ser los más fáciles. Me transporta al otro lado de la habitación y me sienta en una de las butacas, junto a la puerta. Cruza mis piernas una sobre otra y hace que mis manos descansen en las rodillas. Mis pensamientos vibran, me hacen daño, se retuercen, pero no puedo evitar nada. En sus manos hábiles soy como una figura de cera. Quedo sentado de tal forma que cualquiera, al verme entrar, pensaría que estoy vivo allí, esperando. Luego Larry sale por otra de las puertas.

Le oigo hablar con Maureen.

Su voz es nerviosa, inquietante. Habla atropelladamente, como si las palabras se confundieran en su garganta.

—Me parece que tienes razón, Maureen. Veo algo que no me gusta. Ahora que he estado a solas con él, noto cosas que… que me estremecen.

—¿Pero qué ocurre? Le he clavado una aguja entre los cartílagos de la mano y no ha tenido ningún reflejo. ¡Está muerto!…

—No acabo de verlo tan claro, Maureen.

—Te advierto que… Oye, no me pongas nerviosa. Te advierto que yo he sufrido del corazón.

—Lo sé, y por eso mismo creo que debemos avisar a alguien para que nos saque de este atolladero. No sé a quién. Tal vez al mismo doctor Johnson… Pero puede que yo haya sufrido una alucinación como debiste sufrirla tú. Puede que no haya nada seguro.

—Voy a… telefonear.

—Espera un momento, Maureen. No nos precipitemos. Tengo miedo a hacer el ridículo. Hay que asegurarse antes.

—¿Asegurarse de qué?

—De que los dos vemos lo mismo. De que no es una alucinación mía. Tengo la sensación de que ha abierto los ojos, pero tú debes decirme si tengo razón o no. Quiero conocer tu criterio. Por favor, entra.

—Oye, te… tengo miedo.

—No, si en realidad no pasa nada… Está igual, pero con los ojos un poco más abiertos. Los miramos los dos, decidimos si estamos o

no de acuerdo y salimos de ahí.

—Tú… ¿tú estarás conmigo?

—¡Pues claro! ¡Entramos los dos!

—Entonces perfecto. Adelante.

Yo he oído ese diálogo como si sonara en mi propio cerebro. Lo he oído tan perfectamente que podría decirse que he llegado a adivinar las palabras. Y trato de hacer un esfuerzo supremo para incorporarme, para salir de allí, para huir… Sé perfectamente que voy a servir para matar de miedo a una muchacha inocente… ¡Y no quiero que eso ocurra! ¡No quiero! ¡NO QUIERO!

Sin embargo, si mi cuerpo no ha reaccionado ante un pinchazo brutal, si no se ha movido ni uno de mis dedos, ¿cómo voy a conseguir que obedezca las órdenes desesperadas de mi cerebro? ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo evitar lo inevitable?

Oigo los pasos que se acercan. La puerta situada enfrente de mí se abre. En ella aparece Maureen.

Un paso más atrás está Larry. Él evitará que la muchacha retroceda. Él la empujará hacia el horror, un horror QUE SOY YO. Él evitará que huya.

Maureen, al entrar, mira maquinalmente hacia el ataúd y lo ve vacío. Estaba tan obsesionada con el túmulo que, aunque parezca increíble, no mira lo que está enfrente suyo. Sólo un segundo después me ve. Sólo entonces sus ojos se clavan en mi figura quieta, acechante, en mi figura que la está mirando.

Sus ojos se dilatan de horror.

Todo su cuerpo se convulsiona y parece salir disparado hacia adelante, como en una tensión de arco.

Su boca se entreabre.

Pero de ella no sale ningún grito porque su propio miedo la ahoga. Porque sus cuerdas vocales están como rotas. Porque no sólo es incapaz de gritar, sino incluso de pensar.

Emite una especie de estertor.

Y Larry se da cuenta de que de un momento a otro gritará, de que puede conmocionar la vecindad con la potencia de su garganta joven. Bruscamente la sujeta por detrás y le tapa la boca. Al mismo tiempo la empuja hacia mí. La hace entrar en la habitación. La aproxima. La lanza casi sobre la butaca. La trae hacia mí. Hacia mí… ¡HACIA MI!

Los ojos de Maureen se desencajan.

Todo su cuerpo vuelve a tensarse como un arco. Me doy cuenta de que la tensión de sus nervios, de sus músculos, debe ser espantoso. El horror la ahoga. Para una mujer que ya ha padecido del corazón, la prueba es definitiva, es mortífera. Ni siquiera intenta liberarse de los brazos de Larry porque no puede hacerlo ya; porque le fallan las fuerzas.

Larry la sigue empujando.

Un poco más.

Más… ¡MAS!

La muchacha casi me roza.

Y de pronto aquel arco tenso, fuerte, se desmorona y se diluye en el aire. Maureen cae como un fardo. Se desploma. Los ojos espantosamente abiertos quedan también espantosamente inmóviles. Larry la suelta.

Y la muerta queda a mis pies.

Con ojos que parecen mirarme.

Con una boca que aún lleva prendida en ella el último grito de horror.

Y el primer estertor de un Más Allá que no entiende.

Capítulo VI

DOS TREINTA DE LA MADRUGADA

Larry la deja por el momento allí. De pronto se relaja y parece ganado por una infinita sensación de alivio. Da media vuelta, mira en tomo suyo y se convence de que nada ha variado, de que la casa sigue estando tan silenciosa como siempre. Luego suspira y se dispone a continuar su siniestra tarea.

No cabe duda de que es un hombre metódico. Siempre lo fue, puesto que sus experimentos resultaban perfectos. Lo primero que hace es enguantar sus manos y luego acercar a Maureen hacia mí. Maureen ha muerto de un ataque cardíaco y además sus facciones reflejan un espantoso miedo. No hay duda de que el diagnóstico resultara clarísimo hasta para un forense aficionado.

Ha fallecido de miedo.

Lo que hace a continuación es tender mis manos y hacer que mis dedos rocen la cara de Maureen para que se impregnen de un poco de su sudor. Luego las pasa por encima de los botones del vestido de la muchacha, por encima de un broche que ésta lleva y especialmente por sus zapatos. Cuando más tarde descubran el cadáver, todos creerán que lo he arrastrado yo por los pies.

Todo ese trabajo es difícil, lento.

Larry está nervioso, porque teme que en cualquier momento puedan volver los ausentes. Pero, sin embargo, no deja de moverse metódicamente. Me arranca un par de pelos y los deposita en el borde de la butaca, donde ha estado apoyada mi cabeza. No cabe duda de que los encontrarán más tarde y la policía sabrá con toda certeza que yo he estado sentado allí. Notarán por la raíz que no son pelos que lleven allí varios días, sino que han caído hace apenas unas horas.

Pero su plan no ha terminado.

Arranca un par de hilos del traje que llevo puesto.

Es un traje que resulta muy anticuado, demasiado oscuro, y que yo no he usado desde hace varios años. Mi esposa lo declarará sin ninguna dificultad a la primera pregunta. Y por lo tanto sabrán que yo he estado sentado en esa butaca.

Otra vez mis pensamientos se atropellan tanto, se confunden de tal manera que mi cerebro no puede resistirlo. La sensación angustiosa de las pilas que se van agotando llega a ser insoportable para mí. No me doy cuenta de nada. Dejo de ver, de pensar. Mi cerebro ya no existe. No existo yo. Hay dentro de mí un cordón que se ha roto, un cordón que ya no transmite la energía necesaria y quizá no la transmita nunca más. Dejo de ser, de existir. El vacío más espantoso se hace en torno a mí. La oscuridad más impenetrable me rodea.

Y ni siquiera siento desesperación.

No siento nada.

NO SOY.

Pero las pilas parece que vuelven a funcionar poco a poco, como un motor que se regenera. Las ondas de los pensamientos vuelven. A mis ojos vuelven también algunas imágenes, entre ellas la de la eterna pared gris que está situada justo enfrente del ataúd.

Por ese detalle me doy cuenta de que Larry me ha situado otra vez en él. Nuevamente estoy en perfecto reposo. Pero Larry no aparece en mi campo visual ni se capta el menor sonido en la casa, lo cual me desorienta.

Entonces capto un leve roce.

Veo a Larry.

Adivino lo que hace.

Está arrastrando a Maureen hacia la puerta que da al pasillo y luego a la carbonera. Dentro de unos segundos, su cadáver estará allí junto con el cadáver de Margot. Y las únicas huellas que encontrarán en él cuando lo descubran, serán las de mis dedos. También encontrarán en mi cuerpo el cuchillo que ha matado a Margot y el pañuelo empapado con su sangre.

Una terrible náusea me invade.

Pero es una náusea interior, una náusea que no llega a mi garganta.

Oigo el choque de las puertas.

Luego el ruido de la carbonera.

Y en último término el silencio. Nada.

Por fin Larry aparece de nuevo en mi campo visual. Su nerviosismo se ha extinguido y no parece cansado en absoluto. Con la expresión más natural del mundo dice:

—¿Tranquilo, Archie?

Me arregla un poco el cabello y los párpados para que no se note ninguna alteración en mí. Luego se vuelve de pronto, porque están abriendo la puerta.

Los demás regresan.

Oigo sus pasos cansados, lentos, de pies que se arrastran por el suelo en una amarga procesión.

La procesión lenta y amarga de mi propio entierro.

Capítulo VII

DOS CUARENTA Y CINCO DE LA MADRUGADA

La primera persona a la que consigo ver es mi esposa. Ella se detiene ante el ataúd, me mira fijamente y de pronto noto extrañeza en sus ojos. Iba ya a alejarse unos pasos, pero de pronto vuelve a mirar. Se acerca más a mí. Su mirada se cruza con la mía, si es que en mí hay mirada. Si es que yo soy algo.

De pronto dice:

—Larry…

Larry se acerca dando saltitos. Parece, de repente, un tipo inofensivo y hasta un poco cómico. Susurra:

—¿Qué pasa?

—No sé, no tiene sentido.

Ella se lleva un instante los dedos a los ojos.

—Bueno, no me hagas caso, pero es que… En fin, debo estar terriblemente cansada… Terriblemente cansada… Terriblemente cansada…

—Tienes que calmarte, por favor. Deja de hablar ya como un disco rayado y dime de una vez lo qué te pasa.

—El cadáver no está como antes.

—¿Qué?

—¡EL CADÁVER NO ESTA COMO ANTES!

Los demás se han aproximado también. Aparecen de repente en mi campo visual. Me miran con curiosidad mientras yo intento desesperadamente hacerles llegar mi pensamiento, las ondas dolorosas de mi cerebro, las ideas que me atormentan, que me ahogan, que me torturan como un anticipo del infierno. Intento hacerles COMPRENDER.

«Claro que estoy en diferente posición… Larry no ha podido

tener el cuidado suficiente… Me ha sacado del ataúd… Me ha sacado… ¡Tenéis que hacer algo…! ¡Tenéis que entenderlo! ¡Entenderlo! ¡ENTENDERLO!».

Pero no se mueven. Está claro que no entienden, está claro que yo no significo nada ni logro transmitir nada. Las caras se van haciendo escépticas y grises. Una voz que no identifico dice:

—No, no… Debe estar igual.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Los muertos no se mueven…

Pero la voz de mi esposa dice desesperadamente:

—¡ESTE SE HA MOVIDO!

Y entonces vuelvo sobre mis propios pensamientos, entonces me doy cuenta, con un sentimiento de horror, de que es precisamente eso lo que Larry quiere: que mi propia esposa tenga la convicción moral de que yo me he movido. Cuando llegue el momento, dará cuenta a la policía de sus pensamientos, y entonces existirá una prueba más de que yo he salido del ataúd… ¡y de que he matado a Maureen de miedo!

Todo es perfecto por parte de Larry.

El horror me hiela si es que no estoy helado ya, si es que los conceptos frío o calor, vida o muerte significan para mí algo.

Larry viene e intenta tranquilizarla. Su voz es convincente, suave:

—Bueno, bueno, olvídalo… Todo esto son manías tuyas, manías muy explicables, desde luego. No es que te lo reproche, entiéndelo. Tampoco te digo que estés equivocada del todo, porque a veces los cadáveres tienen contracciones musculares causadas por la rigidez. ¡Si lo sabré yo! No debes avergonzarte de esa sensación, y si alguien te preguntara podría incluso decir que la has tenido, pero la verdad es que nadie te hará caso. Más vale que te calmes y pienses en otra cosa. Por cierto…, ¿cómo ha ido la gestión? ¿Hace falta alguna clase de permiso especial para el entierro?

—La funeraria se encarga de todo —dice Katty con voz ahogada —. En realidad no sé por qué hemos ido. Hemos estado perdiendo el tiempo.

—Bueno, pero al menos os ha servido como una pequeña distracción. Una noche entera aquí se hace intolerable.

—No debí salir… No comprendo cómo he podido hacerlo —

solloza Katty—. ¿Pero no te das cuenta de que pierdo las pocas horas que aún puedo estar junto a él? Es la última noche. La última noche…

Los sollozos de Katty me conmueven y me avergüenzan. Los sollozos de Katty son para mí como una cuchillada que me llega hasta el fondo del corazón, porque me doy cuenta de que ella me quiere con toda sinceridad y de que jamás debí hacer ese experimento diabólico y canallesco a la vez. No debí someterla a esa prueba. No debí hacerla pasar jamás por un trance tan terrible. Pero los sentimientos se nublan igual que mis ideas. Todo se desvanece… Se desvanece…

La voz de Katty me vuelve a la realidad, si es que esto es realidad. Parece como si mi mente funcionase sólo a aldabonazos y en virtud de ciertos y muy escasos estímulos exteriores, los cuales vienen siempre de las voces y los objetos conocidos, Solamente de eso.

—¿Dónde está Maureen? —pregunta Katty.

—Eso es lo que me gustaría saber a mí ahora —dice la voz de Larry.

—¿Cómo? ¿Pero es que no lo sabes? ¡Os habéis quedado los dos aquí! ¡Primero se esfuma Margot y ahora Maureen! ¿Qué pasa?

—Por favor, no te excites.

—¡Quiero saber qué pasa!

Oigo el sonido de un encendedor a gas. Sin duda Larry le ha puesto un cigarrillo entre los labios y le da fuego tratando de que aquello adopte un aire de cierta naturalidad. Luego dice con voz tranquila:

—Hemos salido los dos a tomar algo. Ha sido un momento, tan sólo. Nos sentíamos muy cansados, Katty.

—Eso no explica la ausencia de Maureen.

—Me ha pedido dar un pequeño paseo para despejarse, diciendo que eran sólo cinco minutos. Yo he estado conforme, naturalmente. No soy quién para impedirle nada. Luego he vuelto dando un pequeño rodeo. Casi en la esquina me he encontrado con un viejo amigo y me he entretenido unos instantes.

—¿Más de cinco minutos?

—Seguramente, sí.

—Lo cual indica que Maureen puede haber vuelto mientras

tanto.

—Ahora que lo pienso, es posible que sí.

—¿Tenía llave?

—Se llevó una.

—¡Pues entonces tiene que haber vuelto!

—No te excites, Katty. Nadie dice que sí ni que no. Pero si ha vuelto se ha ido nuevamente. Aquí no está.

—Eso es lo que me extraña: que no está.

—Por favor, Katty, repito que no te excites…

—Larry, estoy tratando de mantener la serenidad. Sois vosotros los que tenéis que comprenderme. Primero parece haberse evaporado Margot y ahora se evapora Maureen. Quiero que me ayudéis a mirar en todos os rincones de la casa.

Tío Albert dice, con voz cansada:

—¡Hay que ver! ¡Como si no tuviéramos otra cosa de que ocuparnos en este momento…! ¡Ya se reunirá todo el mundo otra vez aquí! ¡Todo el mundo!

Pero Katty parece decidida a llevar su pensamiento hasta el fin. Oigo sus pasos nerviosos y el abrir y cerrar de puertas. Me doy cuenta de que todos la acompañan y me dejan solo. Al cabo de unos minutos —si es que el tiempo tiene algún sentido para mí— les oigo volver. Casi me rodean sus pisadas.

—Ya has visto que no está —dice Larry tranquilamente—, y no hay el menor indicio de nada anormal. ¿Por qué iba a haberlo? Todo está en orden, de modo que tiene razón tío Albert: ya volveremos a reunimos de nuevo.

Mi cerebro trabaja ahora con cierta claridad, en una fase, que me parece brillante. Comprendo que han mirado en todas partes menos en la carbonera, porque en la carbonera no se les ha ocurrido. ¿Por qué razón iban a estar allí las dos mujeres desaparecidas? ¡Qué barbaridad! ¡Qué absurdo! ¡Claro que no lo han pensado!

No las descubrirán hasta que Larry quiera. Hasta que Larry, quien maneja todos los hilos de aquel plan diabólico, decida que ha llegado el momento oportuno.

Se va haciendo el silencio.

Sé que todos esperan.

Centenares de relojes parecen andar al mismo tiempo.

Centenares de
tic-tac
misteriosos llenan las habitaciones, resuenan en mi cerebro y deben resonar igualmente en los cerebros de todos. El tiempo adquiere una consistencia pastosa. Nadie se acerca al ataúd como si me hubieran olvidado completamente. El sonido monótono de todos esos relojes que quizá no existen, que tal vez sólo suenan en mi interior, me va hundiendo en una especie de vacío total.

CAPÍTULO VIII

TRES TREINTA DE LA MADRUGADA

Katty es la única persona que está frente a mí. Tiene los ojos húmedos y me mira en silencio. A causa de la altura del borde del ataúd, sólo veo su cara, pero me doy cuenta de que de vez en cuando tiene que hacer esfuerzos para no llorar abiertamente. Me doy cuenta también de que, de vez en cuando, mira su reloj. Sin duda está tratando de dejar un margen de tiempo razonable para que las dos mujeres desaparecidas vuelvan.

Al fin no puede más: Se pone en pie.

—Larry —dice—, son las tres treinta.

—¿Y qué?

—Ni Maureen ni Margot están aquí. Me parece evidente que ya no volverán, lo cual indica que les ha ocurrido algo. Te juro que no entiendo absolutamente nada, pero les ha ocurrido algo. Creo que debemos llamar a la policía.

—¿A la policía? ¡Qué idiotez! ¿Y qué les vas a decir?

—Sencillamente eso: que han desaparecido.

—Pero es que… Bueno, entre otras cosas hace mal efecto. Imagina a la policía aquí, con tu marido de cuerpo presente…

—Eso no me parece ninguna ofensa para Archie. Por otra parte, tampoco van a llegar aquí haciendo sonar las sirenas. Ya les pediré que sean discretos.

Y se dirige al teléfono. Larry no hace nada por impedirlo. Me doy cuenta de que él quizá hubiese elegido otro momento, pero tampoco le contraría el que la policía llegue. En realidad eso está en su plan. Apenas oigo la voz algo excitada de Katty, pero me doy cuenta perfectamente, poco después, de la llegada de los dos hombres de Scotland Yard.

Respetuosamente se quitan los sombreros al entrar y verme. Uno de ellos es joven y tiene un aspecto agradable; el otro tiene en cierto modo la pinta de un oficinista rutinario pero me doy cuenta de que es observador y astuto. En un segundo se ha dado cuenta de todos los detalles, desde mi edad presunta hasta el color de mis cabellos. Con voz respetuosa dice:

—Me permito manifestarle mi asombro, señora. Su marido tiene tal aspecto que parece como si estuviera vivo. Nunca he visto cadáveres así.

Los dedos de Katty tiemblan.

—Resulta absurdo decirlo… —musita—, pero quisiéramos convencernos de que realmente está muerto. Bueno, usted seguro que no me comprende, pero hay momentos en que debido a esa misma actitud tan natural DA MIEDO.

Larry musita:

—Se han producido algunas crisis de nervios durante el velatorio. Maureen misma tuvo una hace poco.

El más joven se acerca a mí y me mira fijamente. Debe alzarme uno de los párpados, lo cual adivino no porque yo sienta algo, sino por el gesto de su brazo. Permanece unos momentos así y luego dice:

—No hay duda. Está muerto.

—¿Cómo lo sabe?

—No soy médico, pero me parece apreciar síntomas de descomposición en sus globos oculares. La verdad es que he visto muchos cadáveres en las más variadas circunstancias y empiezo a entender algo de eso.

Tengo un sentimiento de asombro, si es que a lo mío se le pueden llamar sentimientos. Lo que ocurre —y yo me doy cuenta— es que las vibraciones de mi cerebro se hacen más intensas. Pero al mismo tiempo siento miedo. Si mi muerte es sólo aparente, ¿cómo puede haberse iniciado un cierto proceso de descomposición? ¿O es que el éxito del experimento llega tan asombrosamente lejos?

Recuerdo a «Satán», el mono, y eso es lo único que me da confianza. Éramos dos médicos y también creímos que «Satán» estaba muerto hasta que lo vimos moverse de nuevo en su jaula, como si nada hubiera ocurrido, dos días después de dejarle allí. Y no le había quedado ningún defecto, no… Al menos de eso estoy

seguro. Lástima que luego huyeran todos los monos, absolutamente todos, y no pudiéramos seguir observando a «Satán», pero estoy convencido de que se encontraba en plena forma cuando lo vimos en su jaula de nuevo. Incluso tenía mucha más fuerza que antes.

He de confiar en que a mí me ocurra lo mismo, aunque el plazo es indeterminado. Y eso me llena de un frío horror. Porque, ¿qué ocurrirá mientras tanto? ¿Qué hará Larry? ¿Va a ser capaz de enterrarme vivo?

El inspector más joven se aparta. De pronto desaparece de mi campo visual, pero oigo su voz muy bien.

—Por supuesto que su marido está muerto, señora. Le ruego calma, puesto que las noches de velatorio son muy propicias a las alucinaciones. Por cierto, no me he presentado: soy el inspector Kinley, y mi compañero en el inspector Manson. Les rogamos nos den todos los datos posibles sobre las dos mujeres desaparecidas.

Es tío Robert el que da los datos. Verdaderamente nadie sabe más cosas de Maureen que él, puesto que llevan bastante tiempo juntos. Además la desaparición de la muchacha le preocupa, ya que le ha tomado un gran afecto, no hay que negarlo. Muchas cosas que empiezan y como una aventura terminan en el altar o, al menos, en lo más íntimo del corazón. Tío Robert jamás se hubiera casado con Maureen por eso de las clases sociales, pero desde luego la aprecia. Su muerte constituirá para él un golpe terrible.

Los dos policías toman notas, en especial de los nombres de las amigas a las que Margot pudo haber telefoneado para lo del vestido de luto. Y a ellos no les importa la hora tan avanzada para usar el teléfono. Hacen tres llamadas.

Cuando se enteran de que Margot no ha ido al domicilio de ninguna de las amigas, Kinley lanza una especie de bufido.

Lo tengo de nuevo en mi campo visual y me doy cuenta de que sus facciones se han vuelto de color gris.

—Esto empieza a no tener sentido —dice—, aunque cabe la posibilidad de un trastorno mental transitorio. ¿Comprenden? Algunas personas, cuando muere un ser querido, sienten de tal modo la necesidad de olvidar y evadirse que desaparecen y no vuelven a hacerse visibles hasta unos días más tarde, sin recordar apenas lo que ha pasado. Es posible que Margot y Maureen se encuentren en este caso.

—¿Las dos? —pregunta Larry con voz de perfecta inocencia.

—Reconozco que eso hace más extraño el caso —dice Kinley—, pero es perfectamente posible que sean las dos. Por si acaso enviaré un mensaje a todos los coches patrulleros de servicio. Estoy seguro de que las encontraremos, porque a estas horas deben vagar sin rumbo por las calles de Londres.

Y usa el teléfono de nuevo para llamar a Scotland Yard. Fuera de sus palabras cortantes y secas, todo lo demás es silencio. Un silencio tan intenso que a veces se capta incluso la respiración de las personas que están cerca.

Luego los dos aparecen de nuevo en mi campo visual. Noto que se están despidiendo.

—Cuando ambas mujeres aparezcan serán conducidas a Scotland Yard —dice Kinley—, donde se les tomará una breve declaración de rutina. Luego volveremos con ellas. Por cierto, ¿alguna persona de ustedes puede acompañarnos a los solos efectos de formalizar la denuncia?

El propio tío Robert, que es el que está más inquieto, dice:

—Yo.

—De acuerdo, gracias. Haremos que un coche patrullero lo devuelva aquí. Acepten nuestro pésame, señores. Hasta pronto.

Los dos desaparecen. Yo sigo viendo la pared gris que hay delante del ataúd, sigo viendo aquel universo tan limitado hasta que unas caras aparecen en mi campo visual. Me doy cuenta de que son las caras de todos los que están en la casa en aquel momento: mi esposa Katty, mi hermano Fred, mi primo Sam, mi «socio» Larry.

Todos me miran.

Larry tiene un aspecto tranquilo, apacible, un verdadero aspecto de científico metódico. Y en realidad eso es, porque desarrolla su plan con la exactitud de un reloj y con la precisión de un matemático.

—Llevo mucho tiempo aquí —dice—. Creo que voy a irme a tornar un poco el aire, porque no puedo soportar esta atmósfera. ¿Qué vais a hacer vosotros?

—Me echaré un poco —dijo Katty—. Me siento tan mareada, tan…

—Es aconsejable —murmura Sam—, creo que haces bien. Por mi parte voy a ir a la habitación de al lado a fumar un cigarrillo y

beber algo. Me hace falta.

—Yo velaré el muerto —susurra mi hermano Fred—. No está bien que se quede solo.

Y desaparecen todos. Es Fred solamente el que queda allí, delante de mi campo visual. Es el pobre Fred, el buenazo de Fred, que ha sentido como pocos mi muerte. Le veo encender un cigarrillo y pasear lentamente. A ratos aparece en mi campo visual y a ratos se esfuma. Sus pasos tranquilos llegan a ser para mí algo familiar y querido, que me tranquiliza.

Al menos no va a pasar nada en los próximos minutos.

Nadie más corre peligro…

Pero, de pronto, mis ondas cerebrales se vuelven a hacer otra vez irregulares e intensas. Porque me doy cuenta de que una puerta se abre y de que en el umbral aparece silenciosamente… ¡Larry!

Bruscamente, con horror, me doy cuenta de su plan. Ha sido un cuento eso de que se iba. Realmente ha estado acechando su oportunidad hasta encontrar solo a otro de los que me velan. Ni Sam ni mi mujer le oirán. Puede cometer el crimen casi impunemente.

Fred no le oye.

Ha encendido un nuevo cigarrillo y me mira. Larry aparece bruscamente en mi campo visual, a espaldas de mi hermano. Lleva las manos enguantadas y en ellas descansa un condón de seda.

Yo lo veo perfectamente. Yo soy el único testigo del mundo que podría hablar, pero ni mis labios se mueven ni mis músculos significan nada. Sólo las ondas cerebrales que bailan, que saltan, que me enloquecen… Yo lo veo todo y no puedo hacer nada… ¡NADA!

Larry conoce muy bien el punto exacto en que hay que enlazar a un hombre para ahogarle. Pasa el cordón de seda por delante del cuello de Fred y, antes de que éste reaccione, aprieta con todas sus fuerzas. Debo reconocer que el movimiento es digno de un maestro. Fred ni se entera. Antes de que pueda gritar, Larry ya le ha dejado casi sin sentido. Noto que los ojos de mi hermano se nublan, que sus rodillas ceden, que sus manos se agarrotan…

Larry sigue apretando.

Su presión es implacable. Yo nunca había visto un asesinato así, tan de cerca y al mismo tiempo tan lento, y me doy cuenta de algo

que quizá no sabía bien: todos los asesinatos son repulsivos. Una persona tarda bastante en morir. Para acabar con ella, hay que llevar a cabo antes un forcejeo miserable.

Pero se han producido ciertos ruidos. Fred ha gritado un poco. Por supuesto que Katty no puede haberle oído porque está lejos y quizá duerme, pero Sam está despierto y al lado. ¿Cómo es posible que él no haya oído nada? ¿Por qué no viene?

Fred cae poco a poco a tierra.

Está muerto.

Mi cerebro parece haberse paralizado. Mis pensamientos, de repente, ya no existen, aunque sigo viendo.

Larry desanuda entonces el cordón de seda y lo coloca entre mis manos. Pero luego se da cuenta de algo y vuelve atrás. Fred, al morir, ha escupido un poco de sangre como casi todos los estrangulados. Larry humedece el cordón con aquella sangre y luego me lo pasa por la parte interior de las manos, por las palmas, dejando allí unas marcas que los otros no verán, puesto que al estar yo con una mano sobre otra sólo muestro la parte de los nudillos.

Luego guarda el cordón debajo de mi americana, de forma que tampoco quede visible en ningún momento.

Adivino lo que quiere. Y su plan me parece tan diabólico que yo gritaría si pudiera. Gritaría hasta volverme loco. ¡Gritaría mil veces…!

Más tarde, en un momento que él debe decidir, alguien me registrará y encontrará también esta nueva prueba del crimen. Será un juego de niños demostrar que con ese cordón ha sido estrangulado Fred, pues las marcas coincidirán exactamente. También coincidirá el grupo sanguíneo de las manchas de mis manos. Todo el mundo pensará que he matado a Fred y que mis manos se han manchado un poco con su sangre.

Se retira poco a poco. Oigo su risita lenta.

Y en ese momento oigo también algo más. Algo que lo cambia todo, que hunde para siempre al miserable asesino Larry.

Porque una puerta se ha abierto lentamente a su espalda.

CAPÍTULO IX

CUATRO QUINCE DE LA MADRUGADA

La campanada solitaria de la parroquia de St. Mary le Bow le indica entonces, como un trallazo, que estamos en el minuto quince de una hora que no puedo precisar. Pienso que tienen que ser las cuatro de la madrugada. Sí… las cuatro y cuarto de la madrugada exactamente. Y en esa hora decisiva todos los planes de Larry se han hundido, toda su magia de asesino sin conciencia se ha ido al diablo. Acaba de ser descubierto. Con un cadáver a sus pies, nunca podrá decir que he sido yo el que lo ha hecho.

Veo perfectamente que es Sam el que entra. Nada menos que el hijo de tío Robert. Menudo es Sam… Menudo crápula está hecho. Y menudo sujeto para no querer verse envuelto en más líos… Seguro que dentro de cinco minutos toda la policía del país ya sabe lo que acaba de pasar aquí. Larry está perdido.

Pero, de pronto, me doy cuenta con asombro de que no ocurre nada.

Espero inútilmente el grito de horror de Sam.

Por el contrario, mi angustia, mi dolor, mi desesperación se hacen insoportables cuando me doy cuenta de lo que verdaderamente ocurre. Cuando distingo en los labios de mi primo aquella sonrisita cínica.

—Bueno… —dice—. Veo que las cosas han ido perfectamente… ¡Chico, qué silencio!

* * *

Si pudiese hacer algo saltaría, si pudiera moverme brincaría fuera del ataúd para estrangular a aquellos dos hijos de perra con mis manos que deben inspirar horror. Pero no puedo; no soy más

que un leño metido en una caja. Veo impotente cómo los dos cómplices se acercan al cadáver de Fred.

Sam pregunta:

—¿Dónde vas a esconder éste?

—La carbonera está demasiado cargada ya —susurra Larry—. Creo que cometeríamos una imprudencia.

—De acuerdo en eso, ¿qué hacemos?

—Hay un altillo encima del cuarto de baño.

—¿Lo registrarán?

—De momento, estoy seguro de que no.

—Bueno, pues hay que moverse en seguida.

Los dos arrastran el cadáver de Fred. Mejor dicho, lo hace Larry, que es el más fuerte, mientras Sam, un alfeñique, le sigue, poniendo en orden todo lo que tocan, como por ejemplo las alfombras. Cualquiera que entrase un momento después, no notaría allí nada que le llamase la atención.

Cuando están atravesando la puerta, oigo que Larry cuchichea:

—Yo emplearé la escalera para subirlo al altillo. Pero luego tú, que no ocupas sitio, te quedas en el altillo con él y lo ordenas todo de forma que no se le vea. De forma que quede tapado por los cacharros que hay allí por si alguien abre casualmente para buscar algo. Luego bajas y retiras la escalera, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Larry.

—Yo me quedaré aquí para entretener a tío Robert cuando vuelva. ¡Ah…!

—¿Qué pasa, Larry?

—Usa guantes.

—Por descontado que sí. Ya los llevo.

Desaparecen en unos instantes. Luego vuelvo a perder la noción del tiempo, vuelvo a oír dentro de mi cerebro los sonidos misteriosos de todos esos relojes que quizá no existen. Por fin suenan fuera dos campanadas.

Es la torre de St. Mary otra vez.

El tiempo se ha convertido en algo espeso y oscuro, en un túnel que conduce de uno a otro extremo de la muerte.

CAPÍTULO X

CUATRO TREINTA DE LA MADRUGADA

Es entonces cuando Larry vuelve. Parece muy satisfecho porque sabe que todo está a su favor. En estos momentos Sam, su asqueroso cómplice, debe estar acomodando bien el cadáver y borrando las pocas huellas que hayan podido producirse. Si Larry solo ya actuaba bien, con la ayuda de Sam es imposible que cometa un solo fallo.

Le veo situarse junte a mí. Tiene la mirada un poco turbia porque el éxito debe ser como una borrachera. Capto su risa chirriante, casi silenciosa, y veo sobre todo en sus labios aquella mueca de burla.

—¿Asombrado, Archie?

Por supuesto que no puedo contestarle, pero él sabe que me doy cuenta de todo. Goza descubriéndome poco a poco su plan, goza hundiéndome, goza dándome asco.

—¿Qué? —repite—. ¿Sorprendido, Archie?

Y enciende un cigarrillo. Su tranquilidad es total. Puesto que su plan avanza como las manecillas de un reloj, puede dedicar el tiempo necesario a cada cosa.

—Tú no acabas de entenderlo, Archie, ¿verdad que no?

Por supuesto que no le entiendo, pero mi impasibilidad sigue siendo absoluta. El parte de la base de que le veo y que le sigo con mis pensamientos, aunque no pueda hablar. En consecuencia, da por pronunciadas mis lógicas respuestas.

Te lo explicaré —dice—. Ha llegado el momento de que lo sepas, puesto que eres la figura más importante de todo esto. Como habrás empezado a adivinar ya, eres EL ASESINO.

Da una chupada al cigarrillo y gira en torno al ataúd, en el silencio espectral de la habitación, disfrutando de los momentos en

que yo no le veo. De pronto se sitúa frente a mí. Me apunta con el dedo, haciendo un gesto de consumado actor de teatro.

—Yo aspiro a ser muy rico, inmensamente rico —dice—. ¿Y quién no?

Me parece lógico, aunque yo piense que todo tiene un límite y que existen otros caminos para tratar de alcanzar la riqueza. Pero ¿de qué sirven mis convicciones? ¿Dónde están mis pensamientos? ¿Qué son?

—En mi caso —prosigue Larry con la misma tranquilidad que si ambos estuviéramos charlando en la habitación de un club— la cosa es más necesaria aún porque sé que puedo llegar muy alto. Para investigar hace falta dinero, y tú lo sabes. Para poner en funcionamiento industrial el cataléptico que tú y yo descubrimos gracias a «Satán», y que ahora es el que te afecta a ti, hará falta un buen capital, a fin de no necesitar socios y de que todo el beneficio sea para mí. Y estoy dispuesto a conseguirlo.

Vuelve a pasear un momento en torno al ataúd, como si aquello le obsesionara, y luego dice quedamente:

—Tu tío Robert tiene dinero. Es el más rico de la familia. Ahora bien, ¿qué plan de herencias hay? ¿Cómo está todo distribuido?

Me mira y sonríe. Yo casi puedo leer sus pensamientos. Continúa:

—Robert tiene un heredero que es Sam. Por mí no hay problemas, pero Sam está lo que se dice muy marcado. Su padre ya está harto de él a causa de sus exorbitantes gastos en los clubs nocturnos, sus líos con mujeres y últimamente su afición a las drogas. Le piensa dejar una parte mínima de la herencia: el mínimo que marca la ley.

Lo entiendo muy bien, Si yo fuera tío Robert, haría lo mismo.

Sigo captando la voz:

—Una parte considerable de la fortuna tiene que ir, según el testamento, a favor de Maureen. Esa muchachita tímida, ingenua y que en el fondo no deseaba nada cayó en las zarpas de tío Robert como una paloma cae bajo un gavilán. Se lo dio todo sin reclamaciones, sin exigencias, con una humildad de bestezuela mansa. Tanto que tío Robert, ese viejo vampiro, ha descubierto de pronto que no es más que un zorro y ha notado en su conciencia unos dolores que no le dejan vivir. ¿Solución? No se iba a casar con

Maureen por eso del qué dirán, pero le deja tal cantidad de libras que la chica tenía que quedar forrada.

Dejó en un cenicero los restos de su cigarrillo ya consumido y añadió:

—Por consiguiente si una persona que tenía que morir antes que tío Robert era Maureen. Tú ya sabes que los derechos a la herencia se extinguen si uno la diña antes que el testador. Lo de Maureen ya está conseguido, pero quedabais tres hermanos: Margot, Fred… y tú.

Voy comprendiendo. Se trata todo de una maquinación monstruosa —más de lo que había pensado— en la que habrá nuevas víctimas. Siento que mis ojos se nublan a causa del horror. Bruscamente dejo de ver.

Pero oigo la voz. La oigo cada vez más claramente.

—Tío Robert también había apartado una porción considerable de su fortuna para vosotros, a fin de no darla a su hijo. Vosotros no sabíais eso, claro, pero Sam sí. Los tres, por lo tanto, tenéis que ser eliminados.

Me mira fijamente y ríe en tono de burla.

—Tú ya lo estás, querido Archie. No puede decirse que hayas muerto, y en realidad me interesará demostrar, por el contrario, que todo este tiempo has estado vivo. Pero morirás, claro que morirás… Con ello los tres hermanos, tres herederos más, habrán desaparecido.

Vuelve a sonreír.

—Claro que tú morirás después de tío Robert —aclara— porque es indispensable que sea así. En consonancia habrás llegado a ser heredero durante un tiempo y en cierto modo, aunque se te declare asesino, es posible que legalmente puedas transmitir la parte de la herencia que te corresponde a una persona inocente como es Katty. Por esa razón Katty habrá muerto antes. No habrá transmisión de herencia.

Sabe el demoledor efecto que estas palabras me producen y por eso ríe con más cinismo aún. Golpeando amistosamente el borde del ataúd, como si fuera a darme un buen consejo, dice.

—Sí, Katty también, muchacho. Nunca lo hubieras imaginado, ¿verdad? Pues Katty también… Me duele porque es una chica preciosa y hasta hubiera valido la pena casarse con ella después de

la viudedad, pero uno no está para esas tonterías. Sólo quedaremos vivos Sam y yo.

Lo entiendo perfectamente. Veo el plan con tanta claridad como si se hubiera desarrollado ya ante mis ojos. Sólo queda un único punto oscuro. Larry vuelve a reír quedamente.

—Muertas todas las personas que podían hacer disminuir la herencia de Sam —dice—, éste la cobrará íntegramente Y AHORA, es decir una vez los sencillos trámites después de la muerte de su padre se hayan realizado. Por descontado que tengo un acuerdo con él para repartírmela. Vamos al cincuenta-cincuenta. Con ese dinero me basta de momento, aunque es posible que más tarde tenga que tomar una decisión con él, ¿sabes? No me gustan los toxicómanos. Acaban hablando…

Mis pensamientos vuelven ahora a ser claros, limpios, precisos. Y están cargados de odio. Mis pensamientos acusan, se estremecen, escupen a la cara de aquellos dos miserables que no respetan ni lo más sagrado. Pero eso es todo lo que puedo hacer. Acusarles, escupirles con el pensamiento.

Mi cuerpo sigue espantosamente rígido.

Inmóvil.

Mi cuerpo pertenece a la muerte.

—Queda un último detalle —dice Larry apuntándome con un dedo—. Queda un único punto oscuro.

Parece haber adivinado mi pensamiento de un minuto antes.

—Ese único punto oscuro está en ti —continúa Larry sosegadamente—. No sé si te has dado cuenta ya, pero van a enterrarte dentro de pocas horas.

El horror y el frío se hacen más intensos, llegan a dominar el horror y el frío que hay en mis huesos.

—Como habrás adivinado ya, no me interesa que los cuerpos de las víctimas sean descubiertos antes del entierro —añade—. Si es necesario daré una serie de falsas pistas para que sean buscados fuera, no aquí, y así ganar unas horas decisivas. Por descontado que ni olerán aún ni habrá motivos para que los busquen en esta casa.

Se pone a reír quedamente. Parece adivinar mi pensamiento obsesionante, angustioso. ¿Y luego qué? ¿Y luego qué? ¿Y LUEGO QUE…?

—Con Sam tenemos un plan muy sencillo. Va a sacarte unas

fotos de recuerdo, cosa perfectamente lógica. Pero al ser obtenidas en distintas horas, se verá que en cada una de ellas ESTAS EN POSTURA DISTINTA. Eso, unido a lo que la policía ya sabe acerca de tu apariencia de vida, hará que las fotos —inmediatamente reveladas por Sam— sean examinadas con lupa por los agentes del Yard. Éstos creerán estar viviendo un sueño, pero no tendrán más remedio que decir que el cadáver se ha movido o lo han movido.

Produce un crujido con sus nudillos y añade:

—Sí, claro, ya sé lo que me dirías si pudieras: que creerán la única cosa lógica. Que te han movido. Pero contra eso estará mi declaración y la de Sam. ¿Que no basta? Bueno, estará también lo que los policías han oído decir a Katty. ¿Que no basta aún? En ese momento, muchacho, llegará la cosa decisiva. Mañana por la tarde mismo, o por la noche, a más tardar.

Da otra vuelta. El ruido de sus pasos llega a obsesionarme. Tac-tac-tac-tac… Resuena en mi cerebro como una pesadilla.

Es increíble la nitidez con que he oído, la claridad con que capto, sobre todo, el silencio que me rodea.

Oír el silencio…

¿Qué es eso?

No sabría explicarlo, pero es una facultad que no había tenido nunca y que ahora está dentro de mí. Es una nueva dimensión, es algo que ahora tengo. De un modo u otro, no puedo seguir pensando porque Larry vuelve a hablarme. Con voz opaca dice:

—Sam realizará en el altillo del cuarto de baño, donde está el cadáver de Fred, un pequeño corte en las tuberías que pasan por allí. Ahora hemos cerrado casi enteramente el agua y no habrá inundación, pero cuando a ti te entierren daremos la presión normal. El agua empezará a manar en el piso vacío, correrá por las paredes, se encharcará en el suelo y alcanzará en unas horas el piso de abajo. El inquilino pondrá el grito en el cielo, llamará a un lampista (date cuenta de que ni Sam ni yo tendremos la menor intervención aparente), y ese lampista entrará en el altillo. No necesito decirte más.

Lo comprendo. El descubrimiento del cadáver de Fred. Es algo en lo que no quiero ni pensar. Es horrible… Pero esa realidad me envuelve y no puedo evadirme a ella. No puedo…

Larry continúa:

—A partir de ahora, de ese momento, los acontecimientos marcharán por sí solos. Scotland Yard registrará inevitablemente todo el piso y hallará los otros cadáveres. En el de Maureen habrá síntomas evidentes de muerte causada por el miedo. Las cosas seguirán marchando solas. Algún detective dirá: «¿Recordáis las fotos en que el muerto estaba movido?».

Suena otra vez su risita, esa risita áspera, hostil, pútrida, que se mete hasta el último rincón de mi cerebro.

—Los registros dejarán paso al examen técnico —continúa Larry —, y entonces aparecerán en los cadáveres unas huellas dactilares que corresponden a tu pasa porte y documento de identidad. ¿Y qué hallarán?

Lo doy por descontado: el cordón, el cuchillo, el pañuelo empapado en la sangre de una de las víctimas… Pero no es eso sólo. Me descubrirán a mí… ¡A MI!

Yo ya habré recobrado el sentido para entonces.

Ya habré salido de la catalepsia.

Y habré vuelto a ser un HOMBRE NORMAL.

Pero ese hombre normal estará encerrado en un ataúd y una tumba. Ese hombre normal habrá tenido y ahora de verdad, la muerte más lenta y espantosa que un hombre puede tener. ¡ME HABRÁN ENTERRADO VIVO!

—La escena será macabra —dice Larry con la misma risita repulsiva—. Encontrarán un cadáver con las facciones desencajadas, con las manos crispadas, con las uñas rotas de tanto haber querido librarse de la muerte, de tanto haber querido salir del ataúd. No habrá ninguna duda, absolutamente ninguna duda de que tú estabas vivo cuando se cometieron esos asesinatos, y tampoco habrá duda DE QUE LOS COMETISTE TÚ. Las explicaciones serán muy variadas y supongo que *France Soir*, el *Daily News*, El *Times, Die Welt* y otros periódicos de difusión mundial tendrán tema para sus columnas durante días y días. Será un caso de catalepsia realmente notable, muchacho. Y tanto… Todo el mundo creerá que la catalepsia te la provocaste tú para matar o que fuiste víctima involuntaria de ella y te volviste loco al verte enterrado en el ataúd. De un modo u otro, tú serás el único culpable para el juez, y el caso se cerrará. Muy pocos días después, Sam podrá empezar a tramitar su herencia.

Da otras vueltas en torno al ataúd. Dejo de verle… Vuelve a

aparecer… Dejo de verle… Sus pasos me obsesionan. El tac-tac de sus tacones es mil veces peor que el de esos relojes que no existen y que destrozan mi cerebro.

No sé en este momento qué me aterroriza más: si la cadena de crímenes, si la muerte que espera a Katty o la espantosa agonía que me espera a mí. Pero sé que no podré evitarlo. No podré evitarlo… ¡No podré evitarlo…!

Sí. En este momento me doy cuenta de que me duele más lo de Katty. Mi terrible suerte llega a no importarme porque quizá lo tengo merecido. Porque no debí profundizar tanto en mis investigaciones; porque hay unos límites que la ciencia no debe traspasar y yo los dejé atrás. Además he sido causa indirecta de todo esto por creer en Larry. Sí. Lo tengo bien merecido y no lamento lo que me espera.

Lo de Katty es distinto. Lo de Katty me llena de horror, de angustia, de piedad. También de odio hacia Larry, un odio que crece y crece a causa de mi inmovilidad. Porque en un hombre normal odian sus puños que se disparan y odian sus piernas que dan puntapiés, con lo cual puede descargar su furia. Pero yo no puedo. EN MI ODIA SÓLO EL CEREBRO, y ese odio es algo inextinguible, es brutal, es casi inhumano. Es un odio que se transforma en violentas ondas rojas. Si Larry las recibiera quedaría desintegrado en el acto, tal es su espantosa intensidad, pero no parece sentirse afectado por ellas. Al contrario, vuelve a reír. Esa hiena leprosa que es Larry parece hallarse en el mejor momento de su vida.

—Por descontado que queda un último detalle —dice en voz baja—. ¡Oh!, yo he pensado en todo, muchacho… Por algo soy un científico. La policía querrá saber cómo has entrado tú en ese estado cataléptico, en esa muerte artificial, y yo he de dar una explicación. Para ello, Sam y yo tomaremos una dosis como la tuya, por mi parte dejaré una carta escrita para la policía diciendo que quiero colaborar con ella y que en mí mismo verán lo que ha ocurrido. En efecto, me encontrarán muerto, al igual que Sam, y esperarán a que me recupere, pues yo en la carta se lo habré pedido. Horas después me recuperaré y los de Scotland Yard tendrán una prueba más, una prueba concluyente, absoluta, de lo que ha pasado. Todo perfecto, muchacho. No queda un cabo suelto, te lo aseguro. Ni un cabo

suelto en los crímenes que ha organizado mi cerebro privilegiado, mi cerebro perfecto.

Me vuelve a guiñar un ojo burlonamente y luego me dice:

—De todos modos te estoy muy agradecido, muchacho. Pero que muy agradecido… Al fin y al cabo eres mi cómplice.

Y me da un cachetito en la mejilla.

Es el colmo. Encima quiere quedar como un hombre bien educado.

Cuando todo haya terminado, es capaz hasta de enviarme una corona.

CAPÍTULO XI

CINCO DE LA MADRUGADA

Tío Robert ha vuelto.

Parece que en Scotland Yard le han entretenido un poco más de lo que pensaba y está cansado, hastiado de todo esto. Cuando se encuentra casi solo delante del ataúd, dice ásperamente:

—Parece mentira. Esto, hace poco, era una especie de concentración. Estaban Margot y Maureen, estaba Fred y estábamos Katty, Sam, Larry y yo. Ahora estoy solo con Sam y con Larry. ¿Qué cuerno pasa?

Ha hablado para sí mismo, pero en seguida reacciona. Gruñe:

—¿Dónde está Fred?

Larry se encoge de hombros.

—Supongo que ha vuelto a casa.

—¿No se encontraba bien?

—Parece que no.

—¿Y Katty? ¿Qué hace Katty?

—Se ha acostado un rato.

—Pues si es que es un velatorio tranquilo éste… Al final se va a marchar hasta el muerto.

—Hombre, en los velatorios ya se sabe. Influye la fatiga.

—Pues el más cansado soy yo. En mi vida soy ahora muy metódico, ¿sabéis? No trasnocho nunca.

—Pues si está cansado puede acostarse también… —insinúa Larry.

—Hum… Podría ser, podría ser. Quizá lo haga. Supongo que hay habitaciones libres en esta casa.

—Desde luego que sí.

—Pues lo pensaré. Es todo tan… ¡tan pesado, tan triste!

En efecto, en este velatorio flota un aire especial, una atmósfera que lo hace todo irreal, gris, fantástico. La pared gris parece acercarse y alejarse. Me obsesiona. De pronto se oye el timbre de la puerta.

Larry se inquieta.

Seguro que esto no entraba en sus planes.

—Es extraño que a esta hora venga alguien —dice.

Tío Robert sonríe.

—Será Maureen que vuelve —dice, con ilusión.

Y es él mismo el que abre, pero no se escucha en la puerta una voz femenina; sino masculina. Yo también me extraño porque no sé qué hombre puede venir ahora, a no ser un agente de la policía. Pero, de un modo u otro, el que llegue será bienvenido porque puede dar al traste con los diabólicos planes de Larry. ¡Porque puede salvamos a todos! ¡Porque puede cambiar esta situación satánica!

Cuando el recién venido aparece en mi campo visual, lo reconozco inmediatamente a pesar de que hace tiempo que no le veo. No le veo exactamente desde antes de casarme con Katty. Él desapareció entonces por una razón muy lógica.

Norton, el que ahora acaba de llegar, estuvo enamorado de Katty. Fuimos compañeros en la Facultad y aquel amor de los dos por la misma mujer acabó distanciándonos, pero siempre reconocí en Norton la nobleza, el desinterés, la dignidad de un verdadero hombre. Lo recuerdo tan perfectamente como si aquello estuviera sucediendo otra vez, como si nuevamente viviéramos nuestros tiempos felices, tan distintos a éstos.

Las ondas de mi cerebro se hacen más tranquilas,' más sosegadas. Dejan de ser rojas, porque, cosa curiosa, me parece como si las ondas de mi cerebro tuvieran un color. Ahora son ambarinas, quietas. Norton siempre tuvo la virtud de tranquilizarme, y ahora lo consigue también, a pesar de que yo he traspasado los umbrales de la vida. Su mirada es limpia y clara. Se acerca a mí.

El bueno y comprensivo Norton…

Ya sé que a uno le duele reconocer esas cosas, y que normalmente sólo se las confiesa a sí mismo en los momentos de sinceridad. Pero Norton merecía a Katty más que yo. No sólo la hubiera hecho feliz, sino qué tiene mejores sentimientos. Él jamás

se hubiera dejado absorber por nuestros experimentos, por la parte siniestra de la ciencia. Hubiera pensado que se debía también a la mujer que se lo daba todo.

Él no hubiera caído en el lugar en que he caído yo. Él no estaría ahora en este pozo sin fondo, rodeado de mentira y de muerte.

Le veo ante mí con su mirada clara y limpia. Hay dolor en sus ojos, hay un verdadero sentimiento. Todo lo que nos separó un día ha sido olvidado ahora ante la magnitud de la muerte. Pero mi cerebro vibra, mi cerebro cruje, mi cerebro parece ir a estallar. Le envío a través del silencio y del aire una petición desesperada, angustiosa, una petición que por fuerza tiene que recibir: «No te vayas ahora, Norton. ¡No te vayas! ¡NO PUEDES IRTE!».

Pero mis esperanzas se desvanecen en seguida. Dice con voz opaca:

—He venido sólo un momento. Me iré en seguida.

Larry, que le conoce bien porque estudiamos juntos, murmura:

—Sí, es mejor que no te quedes aquí porque esto resulta muy triste, ¿sabes? Tan repentino todo, tan amargo… ¿Cómo te has enterado de la muerte de Archie? La esquela va en los periódicos de la mañana, que no han aparecido aún.

—Ha sido una casualidad. Un amigo mío trabaja en los talleres del Times y ha visto la esquela cuando iban a imprimirla. Conociendo mi amistad con Archie, me ha telefoneado.

—¿Y cómo es que has venido tan pronto? ¿Por qué no has venido por la mañana?

—Porque he pensado que en este momento mi compañía podía ser necesaria. Mañana no haré falta porque habrá mucha gente. Vosotros sabéis que… que…

Larry adelanta la mandíbula.

—¿Qué? —Gruñe.

—En fin, tú lo sabes mejor que nadie, ¿verdad? Yo estaba perdidamente enamorado de Katty. Lo estoy todavía.

—¿Quieres verla?

—¿Dónde está ahora?

—Descansa unos minutos.

—No, no… —Norton se muerde los labios nerviosamente—. Es mejor que no la vea. Mejor así, de verdad… Aparte de todo, Archie era mi amigo. Quiero despedirme de él.

Y se acerca un poco más. Me mira fijamente. ¿Se dará cuenta él de que aquí hay algo extraño? ¿De que realmente no estoy muerto? Al fin y al cabo, Norton es un buen médico. Claro que también lo es el doctor Johnson y…

—Sí. Quiero despedirme de Archie —dice—. Y quiero pedirle perdón.

Tío Robert susurra:

—¿Perdón? ¿Por qué?

—Bueno, bastantes veces he escrito a Katty.

—¿Tú?

—Ya os he dicho que estoy enamorado de ella. No es ningún secreto. Katty lo sabe como la primera.

—Pero no debiste haberla escrito. ¿Qué le decías?

—Eran sólo cartas de limpia amistad, podéis creerlo. No podría mentir estando aquí delante el cadáver de Archie. No, no podría mentir.

—¿Pero te contestaba Katty? —Pregunta Larry con una risita malévola—. ¿Qué decía ella?

—No, no me contestaba porque yo le pedí que no lo hiciera. No me hubiera parecido limpio. Todo tiene una explicación muy sencilla, ¿comprendéis? Una tarde encontré a Katty. Conversamos como viejos amigos, hablamos de los buenos tiempos… Al fin, Katty me explicó lo sola que estaba. Parece que Archie sólo pensaba en sus experimentos y que durante días enteros no aparecía por su casa.

—No te ofrecerías para sustituirle, ¿eh? —murmura Larry.

La mirada de Norton le fulmina.

—Hay cosas que tú no comprenderás jamás, Larry. En la Facultad ya eras así: mal pensado. Por el contrario, le pedí a Katty que tuviera paciencia, y en mis cartas se lo seguí diciendo. Nuestra amistad era una cosa sana, era una cosa limpia.

Se acerca más al ataúd. Veo su alta figura en el borde y me parece que llena la habitación entera. Con voz humilde dice:

—De todos modos perdóname, Archie. Nunca hubiese querido engañarte. Nunca lo haría.

Estoy seguro de eso. Norton fue de las pocas personas absolutamente nobles que encontré en mi vida, aunque en el asunto de Katty tuviéramos intereses opuestos. Sé que nunca me engañaría,

ni engañaría a mi mujer.

Es curioso lo que siento en este momento. Quizá nadie lo comprenda, pero yo sé en qué consiste ese sentimiento: es ternura. Si Katty no hubiera de morir, podría rehacer su vida con un hombre que siempre la mereció más que yo. Desgraciadamente, ella también morirá si Norton se marcha. Está condenada a una muerte quizá tan horrible como la mía.

Las ondas de mi cerebro deben ser demoledoras, deben devorar el aire. «¡No te vayas, Norton! ¡No te vayas! ¡NO TE VAYAS!».

Pero mis esperanzas se desvanecen otra vez. Me doy cuenta de que Norton, por delicadeza, no tiene fuerza moral para ver a Katty ahora. Va a irse.

—Supongo que nadie se ofenderá si envío una corona —dice.

—No, claro que no —murmuró Larry—. Y ahora márchate, amigo. Todo esto es muy penoso para ti, ¿comprendes? Muy penoso para todos.

—Conste que… que… Bueno, me hubiera gustado tener una conversación con Archie. Decirle que se dedicara más a su mujer. Siempre fuimos buenos amigos, ya sabéis. Él era de esas personas que merecían ser felices.

Él también merecería ser feliz, pero en este momento debe quedarse aquí. Debe quedarse aunque sólo sea una hora… ¡LO NECESITO!

Mi cerebro va a estallar.

Y de pronto se hunde en una sima negra. De pronto todo se derrumba en torno mío. Veo que se dirige hacia la puerta.

Y desaparece de mi campo visual.

El chasquido de la cerradura.

El silencio.

El vacío otra vez.

Hay algo que me pincha en el fondo de los ojos.

Yo sé que ahora nada tiene remedio, yo sé que ahora se acaba de extinguir mi última esperanza.

Ha llegado de verdad la hora del Diablo.

CAPÍTULO XII

CINCO TREINTA Y CINCO DE LA MADRUGADA

Sube la niebla desde el río.

Yo no puedo verla, pero los que están cerca de las ventanas deben advertirla flotando como un sudario. La niebla de Londres, tan pegajosa y triste debe intranquilizarles. Oigo que tío Robert murmura:

—No puedo soportarlo más…

Larry se vuelve hacia él.

—Usted está intranquilo por la desaparición de Maureen.

—Lo estoy. ¿Y qué?

—Nada, nada… Ya verá cómo aparece. Los patrulleros de Scotland Yard deben encontrarla por fuerza. Mientras tanto yo, en su lugar, me acostaría un poco y me quitaría de encima esta pesadilla. En fin, no sé qué decirle. Pero no veo la necesidad de que todos nos quedemos en esta habitación. Es agobiante…

—Sí, claro que lo es —dice tío Robert admitiendo cada vez con más fuerza la idea de largarse de allí.

—Vaya a la habitación del fondo del pasillo.

—Está bien, pero si avisan por lo de Maureen me llamáis, ¿eh? Me llamáis…

Y desaparece con un gesto cansado. Cuando se extingue de mi campo visual, yo me doy cuenta de que estoy a solas con Sam y con Larry, es decir con las dos hienas asesinas. En este momento Katty debe dormir pesadamente. Está tan indefensa que podrían hacer con ella lo que quisieran, pero parece que sus planes son otros por el momento. Les veo fumar con calma un cigarrillo mientras cuchichean algo.

De pronto suena el teléfono. Las ondas de mi cerebro vuelven a

vibrar porque adivino que allí hay una esperanza.

Oigo perfectamente la voz de Larry, que es quien ha descolgado el aparato.

—Ah, sí, inspector Kinley… Sí, el señor Robert ya ha vuelto, sí. Todo sigue igual en la casa. Sí, todo en calma, naturalmente. Pero no me diga que aún no saben nada de esas dos muchachas…

—…

—Sí, ya me hago cargo de que Londres es inmenso, inspector, y de que pueden haber buscado alojamiento en cualquier sitio, pero le ruego que no lo olviden. De verdad, empezamos a estar intranquilos porque todo esto es muy extraño…

—…

—Por descontado, inspector, no voy a moverme de aquí. Pero no es necesario que vuelva. Si hay algo ya le avisaré.

—…

—De todos modos, si quiero salir a pasear un rato puedo hacerlo, ¿no? Supongo que nadie me obliga a quedarme aquí toda la noche.

—…

—De acuerdo, inspector.

Oigo el chasquido del teléfono al ser colgado.

Larry vuelve a aparecer en mi campo visual, enfrente del ataúd. Parece algo preocupado. Hace una seña a Sam.

—Hay que abreviar —dice.

—¿Por qué?

—Es posible que Kinley, ese maldito polizonte, se deje caer por aquí. Se ve que está intranquilo.

—¿Tú crees que hará un registro antes de hora?

—No, porque no tiene autorización judicial. En caso necesario, me pondré serio y le diré que no entre en las habitaciones. Sin nuestro permiso está atado de pies y manos; no puede hacer nada.

Pero añade repitiendo el mismo gesto inquieto:

—De todos modos, hay que abreviar. Si se descuelga por aquí aunque sólo sea en plan de visita, nos va a impedir la libertad de movimientos. Y ahora no podemos fallar porque el trabajo lo tenemos casi terminado.

—Nadie habla de fallar. Al contrario, estoy más decidido que nunca. ¿Por quién seguimos, por Katty o por mi padre?

—Por tu padre.

No hay la menor alteración en el rostro de ese mal nacido. Acabar con su propio padre debe parecerle la mar de natural. Ni siquiera se inmuta. Pero para acabar de decidirle por si aún tiene alguna duda, Larry dice en voz baja:

—Katty no se va a mover de aquí en lo que queda de noche, de modo que la tenemos bien segura. En cambio tu padre puede decidir largarse y entonces habremos perdido todas las oportunidades. De modo que vamos.

—De acuerdo, Larry.

—¿Tarda mucho en dormirse?

—¡Qué va! Apenas cae en la cama queda como un tronco.

—Eso quiere decir que ya estará soñando en los angelitos…

—Di más bien que quizá está soñando en un par de piernas como las de Maureen. Pero para el caso es lo mismo.

Larry consulta su reloj.

—Vamos, ayúdame. El dormitorio de Katty queda en el otro extremo de la casa, de modo que no oirá nada.

—Eso es lo que espero.

Los dos se acercan al ataúd. Los veo claramente, pero de pronto uno desaparece porque se coloca en la parte posterior. Noto que sacan la caja de encima del túmulo y la colocan en posición vertical. No me doy cuenta de ningún movimiento, pero mi campo visual varía. Por eso comprendo QUE ESTOY DE PIE.

Bastaría con que inclinaran un poco el ataúd hacia adelante para que yo cayese como un fardo, pero no van a hacerlo. Noto, al contrario, que me transportan con el mayor cuidado. Dentro de la fúnebre caja voy recorriendo otra vez lo que hasta hace unas horas ha sido mi apacible hogar.

Veo los cuadros que yo mismo elegí hace tiempo.

Los muebles conocidos.

Las puertas familiares que se abren una tras otra.

Otra vez tengo la rara sensación de que son esos objetos familiares los que me envían una especie de mensaje que me hace existir. No sé por qué, pero estoy seguro de que si me hallara en un ambiente desconocido no existiría. Noto que me conducen lentamente hasta el fondo del pasillo, donde está la habitación que ahora ocupa tío Robert.

Se detienen ante la puerta.

Sam aplica el oído a la hoja de madera.

—Por su respiración, yo juraría que está durmiendo —dice en un susurro.

—Despiértale.

—De acuerdo.

Sam golpea quedamente en la puerta con los nudillos. Se oye en la habitación una especie de gruñido de hombre que está aún medio inconsciente.

—¿Qué pasa?

Larry hace una seña. Sam apaga la luz que está junto a la puerta, de modo que al abrirse ésta sólo se captará una especie de claridad irreal que llega desde el fondo del pasillo.

Y entonces me sacan rápidamente del ataúd, tras apoyar éste en una pared sin hacer el menor ruido.

Noto que me sostienen en pie, sujetándome uno por cada brazo. Estoy como un poste rígido. No noto el contacto de sus manos, pero la posición de la puerta me hace comprender la postura en que me encuentro. Van a empujarme hacia dentro.

Más allá de la hoja de madera oigo otra vez el gruñido:

—¿Pero qué cuerno pasa?

Los dos abren de pronto la puerta.

Tío Robert aún no ha podido encender la luz, porque como está en una habitación desconocida para él, no ha hallado el interruptor.

Sólo le llega la siniestra claridad del fondo del pasillo.

Y no ve a los dos hombres que me han lanzado materialmente por los aires desde el mismo umbral.

Sólo me ve A MI.

A mí, que parezco avanzar.

A mí que me desplomo.

QUE CAIGO SOBRE Él.

A mí, que soy el horror.

A mí, que he llegado desde el fondo de la muerte.

Capítulo XIII

SEIS DE LA MADRUGADA

Lo noto perfectamente. Mientras caigo sobre él, mientras veo su rostro que se acerca más y más, cada vez más, sé leer la desesperación, el miedo, la angustia, la muerte. Yo no hubiera entendido antes que en cuestión de breves segundos pueda tenerse una serie de sentimientos así, pero ahora lo entiendo, lo veo. Puede decirse que lo vivo. La incredulidad espantosa de tío Robert cuando tiene la primera visión, se va transformando en una especie de paroxismo del miedo cuando me ve avanzar. Sus manos se agarrotan, su boca se abre, sus ojos se vuelven blancos.

Ya he dicho antes que para mí no existe el tiempo. Es una eternidad lo que dura aquello, una eternidad lo que dura mi vuelo y lo que dura la angustia del hombre que tengo enfrente. De pronto caigo materialmente sobre él. MATERIALMENTE ENCIMA.

Noto un espasmo en el cuerpo de tío Robert, un espasmo que parece transmitirse al mío, de tan espantoso y violento como es. Bruscamente rodamos los dos desde la cama al suelo. Y yo sigo estando encima, casi abrazándolo. NO LO DEJO MOVERSE.

Mis brazos deben haberse despegado del cuerpo, porque estoy formando con ellos una especie de llave que le impide escapar. Mi salto, mi apariencia de movimiento, han debido darle la perfecta sensación de que estoy vivo. De que he venido a por él. DE QUE HE RESUCITADO PARA LLEVÁRMELO A LA TUMBA.

Tío Robert aún se mueve un poco, aún tiene un par de espasmos más, pero de repente queda espantosamente quieto. Las manos se le han agarrotado a la altura del corazón. Su cara queda junto a la mía.

Y entonces oigo otra vez las voces quedas, susurrantes, voces de

auténtico funeral. Las voces de los dos repulsivos asesinos.

—Todo ha ido perfecto.

—Tómale el pulso.

—¿Qué crees que estoy haciendo?

—¿Hay algún latido?

—Nada. La ha palmado.

—Súbele el párpado y dale un golpecito en el globo ocular. Mira si hay reflejos.

—Nada, hombre, nada. Está muerto…

—Sí, no hay más que ver su cara.

—La ha diñado de miedo.

—Cuando los policías vean esa cara no tendrán ninguna duda. Es algo que dice más que todas las pruebas. Pero además hemos tenido suerte.

—¿En qué?

—Fíjate, en su desesperación ha arañado un poco la cara de Archie.

—Apenas se nota.

—De acuerdo, pero los investigadores sí que lo notarán. Y se darán cuenta de otra cosa esencialísima.

—¿Cuál?

—Tu padre se hacía la manicura cuando iba a la peluquería, ¿verdad?

—Sí. Con mucha frecuencia.

—Tiene laca transparente en las uñas. Los restos microscópicos de laca habrán quedado hundidos también en la piel de Archie, en los bordes de los arañazos, y el laboratorio de Scotland Yard demostrará que la laca es la misma que la de las uñas del muerto. Tu padre habrá muerto de miedo y además habrá arañado al cadáver de Archie. ¿Qué más se puede pedir? Las pruebas van a ser tan abrumadoras que no tendremos absolutamente ningún problema. Todo nos va saliendo que ni hecho con compás.

—Siempre he confiado en tu inteligencia, Larry.

Y los dos ríen silenciosamente. No hay ningún remordimiento, ningún sentimiento en ellos, ante el crimen que acaban de cometer. Sólo se están felicitando por su éxito que los convertirá en millonarios sin ningún riesgo. Si los diablos saliesen del infierno para poblar la tierra, no creo que obrasen de otro modo.

Pero, por mi parte, me doy cuenta de que tienen razón. Todo les está saliendo que ni medido con compás. Yo soy el instrumento de esos espantosos crímenes, me espera a mi vez un fin tan horroroso que no puedo ni pensar en él, y las dos hienas que están a mi lado, en cambio, quedarán al margen de toda sospecha de la policía. La situación está tan a su favor, que no puedo concebir que nada les falle.

Y la desesperación me domina.

Es una desesperación peor que el frío en que me veo hundido, peor que la inmovilidad espantosa en que me hallo. Es una desesperación peor que la muerte, peor que el suplicio más amargo que un ser_ humano pudo imaginar.

La oscuridad se hace en mí.

Las ondas parecen alejarse, volver, alejarse, volver… como si otra vez las pilas se agotaran.

Las voces me ayudan a rehacerme. Las oigo con toda nitidez, como si sonaran dentro de mi propio cerebro. Es Larry el que habla.

—Ayúdame a levantarlo.

—¿Vamos a colocarlo otra vez en el ataúd?

—¡Pues claro, idiota!

—No te enfades. Creí que lo llevaríamos en brazos.

—No conviene perder ni un segundo. Tiene que estar cuanto antes en la actitud más natural del mundo por si a Katty le da por volver.

—¿Y el cadáver?

—Nos ocuparemos luego de él.

Nuevamente me levantan. Oigo la voz de Sam:

—Oye, está muy rígido…

—Sí. Verdaderamente no tendría que estarlo tanto.

—Me asusta. No la habrá diñado de verdad, ¿eh?

—¿Qué diablos la va a diñar? Con el mono pasó lo mismo. Lo dejamos por muerto, nos ausentamos durante un par de días y cuando volvimos estaba dentro de su jaula más fuerte que nunca. La lástima fue que no pudimos seguir experimentando con él porque «Satán» y todos los demás monos escaparon, pero aquello no lo olvidaré nunca. Y los efectos que se han producido hasta ahora han sido exactamente iguales que los que se produjeron con «Satán».

—Es un éxito, pero… pero asusta un poco.

—¿Vas a volverte ahora atrás, Sam?

—Tienes razón. No puedo volverme atrás.

—Pues apechuga. No va a pasar nada tampoco. Cuando a nosotros nos llegue el turno estaremos como él, pero no habrá ninguna clase de problemas. Y ahora no perdamos el tiempo. Hay que ponerlo sobre el túmulo otra vez.

Noto que ahora me arrastran.

Debo pesarles, porque jadean los dos. Mis pies tropiezan con una lámpara, estoy a punto de volcarla y oigo las maldiciones de los dos. Ese trabajo miserable, rastrero, dura unos minutos que deben parecerles eternos.

Por fin me sacan al pasillo y me colocan en el ataúd. Cuando están a punto de cargarlo, cuando va a llegar la parte más decisiva de su «trabajo», suena el teléfono. Los dientes de Larry rechinan.

Él también está muerto de miedo.

Me alegra el suplicio que está pasando. En este momento terrible sufre tanto como yo. Sam incluso lanza una especie de gemido cobarde.

—¿Quién puede llamar a estas horas?

—¡Si lo coge Katty estamos perdidos!

—¡Corre!

—¿Y qué vas a hacer tú?

—¡Corre, maldito!

El teléfono sigue sonando. Es como una especie de timbre de alarma que los aterroriza, que los conmueve, que al mismo tiempo los fascina. En vista de que Sam no tiene fuerzas para mover un dedo, ha de ser Larry el que corre a la salita para descolgar. Si Katty sigue oyendo el timbre acudirá ella, y entonces se dará cuenta de que el ataúd no está en su sitio. Todo se hundirá.

Mientras tanto Sam me sostiene con manos temblorosas, porque yo estoy basculando hacia adelante. Resbalo, me sujeta y lanza un gemido que parece de una mujer. Al muy condenado mal nacido tampoco le envidio el suplicio que debe estar pasando.

Oigo la voz de Larry:

—Sí, Norton, sí… Todo sigue igual. ¿Pero a qué viene eso de que quieres hablar con Katty ahora?

—…

—No, no… Ya te he dicho que descansa. Ella está bien, no te

preocupes. Perfecto. No le sabrá mal que vengas al entierro, sino al contrario. Hasta mañana.

Cuelga.

Quizá Norton haya notado algo raro con tanta precipitación, quizá decida volver…

O quizá Katty se levante a tiempo y los descubra. Mis esperanzas vuelven a renacer y las ondas de mi cerebro se hacen anchas y fuertes como las de una radio que cobrase fuerza.

Veo que Larry vuelve agitadamente. Está sudando tan angustiosamente y tiene un color tan lívido que parece más muerto que yo. Me sujeta antes de que caiga, porque Sam ya no tiene fuerzas ni para eso.

—¡Idiota!

—No se me ha caído, Larry.

—Sólo faltaría eso… ¡Sería un desastre! Hala, vamos, vamos… ¡Aprisa!

Me introducen en el ataúd de cualquier manera, me cargan a hombros y van hacia la sala como si les persiguiera el diablo. En ese momento se oyen ya puertas que se abren, señal de que Katty ha oído el teléfono y viene para preguntar qué pasa. Y juro que éste es el único momento glorioso de mi noche macabra, el momento en que me doy cuenta de que van a ser descubiertos, de que pagarán todas sus sucias culpas de una vez.

Todo depende de unos segundos, pero estoy convencido de que no llegarán a tiempo. Noto que me entran en la sala y dejan el ataúd sobre el túmulo. Con una actividad febril, como si cada uno de ellos tuviera diez manes, me encajan bien en mi sitio, me sitúan la cabeza, me bajan los párpados, me entrecruzan los dedos como si estuviera orando. Apenas acaban de hacer este último movimiento cuando la puerta frontal se abre. Katty entra en la sala.

Lleva una bata sobre la combinación que aún no se ha quitado.

En otro momento hubiera pensado que está fascinadora, pero ahora lo veo todo de una forma irreal, infinitamente lejana. De lo que me doy cuenta es que Katty tiene los ojos muy abiertos y asustados.

Y también de otra cosa: de que no ha notado nada anormal.

Mi esperanza se desvanece.

Mi cerebro se apaga de nuevo.

La fe que por un momento he tenido en que todo salga bien se ve sustituida, al contrario, por un espantoso miedo, un miedo que me llega a lo más profundo de las entrañas si es que yo las tengo: Katty no sabe que ella es la última persona que aún sigue viva allí, no sabe que ella es LA ÚLTIMA VICTIMA. ¿La asesinarán ahora? ¿O lo harán quizá más tarde? ¿Cuál es su plan?

Me mira. Todo ha dependido de una fracción de segundo, pero parece que mi aspecto es como el de antes porque no nota nada. Luego susurra:

—¿Quién ha llamado? ¿Margot y Maureen han vuelto?

—No, aún no, pero volverán.

—¿Pues quién era?

—Norton.

—¿Norton?

Veo una lucecita de nostalgia en los ojos de Katty. Es la nostalgia del tiempo que se fue, de los años dorados que ya no van a volver. Comprendo que si alguien en el mundo puede tranquilizarla un día, hacerla sentirse de nuevo mujer, ese alguien será Norton. Pero mis pensamientos se diluyen cuando suena de nuevo su voz:

—¿Qué quería?

—Ha estado antes aquí —dice Larry, de mala gana.

—¿Para qué?

—Decía que… Bueno, él quería despedirse de Archie. Me ha dado la sensación de que lo sentía verdaderamente.

—Norton es… muy buena persona —musita Katty—. Espero que no hayáis cometido ninguna incorrección con él.

—No, no… Al contrario.

—De todos modos creo que es mi deber llamarle. Si se ha molestado en venir a estas horas, merece una atención. Voy a hacerlo.

Larry está a punto de saltar.

—¡No llames a nadie ahora!

Y sujeta el teléfono que ella va a descolgar. Katty le mira desafiante.

—¿Por qué no voy a llamar? ¿Quién eres tú para impedírmelo?

—¡No puedes llamar a otro hombre estando tu marido de cuerpo presente!

La expresión de Katty se hace dura, áspera, casi metálica. Me doy cuenta de que Katty tiene todo un carácter, de que no les será tan fácil acabar con ella.

—¿Qué crees que voy a hacer? —Pregunta con voz ronca—. ¿Qué voy a darle una cita para que venga a divertirse conmigo?

Larry se bate en retirada. Comprende que no sería prudente insistir. Incluso imagino que calcula que, mientras Katty habla, él podrá hacer algo con el cadáver de tío Robert.

—De acuerdo —dice—. De acuerdo, perdona…

Y se va por el pasillo. Sam permanece allí por si acaso. Oigo que Katty marca un número que sin duda recuerda desde sus buenos años. Es significativo que no lo haya olvidado.

¿Es dolor lo que siento?

¿Decepción?

No, no es eso. De pronto me doy cuenta de que, cuando uno está en el ataúd, ve las cosas de muy distinto modo. Lo que siento es TERNURA. No hay nada que me importe tanto como la seguridad de Katty, la felicidad de Katty, con la que tan poco atento he sido. Los celos no existen, los sentimientos exclusivistas tampoco. Yo estoy más allá de la gran barrera. Ella está al otro lado y tiene derecho a vivir. Ninguna de las frases que pronuncia ahora me puede ofender, porque habla con Norton sólo de lo mucho que ha sentido mi muerte y de lo que agradece su atención al venir. Adivino que Norton habla igualmente bien de mí, porque algunas respuestas de Katty son inequívocas. Todo resulta muy natural, pero yo adivino que la vida que siempre vuelve a empezar palpita detrás de eso. La vida a la que yo no tengo derecho.

Las ondas de mi cerebro parecen avanzar otra vez, desbordarlo todo, romperlo todo.

Intento que lleguen hasta Katty. Que la convenzan. Que la obliguen…

¿No dicen que hay transmisión de pensamientos? ¿Pues por qué no puedo yo? ¿Por qué no? ¿Por qué no?

Y de pronto me doy cuenta de que he tenido éxito, de pronto advierto que la estoy influyendo. Katty susurra:

—Ven, Norton, por favor. Creo que esta noche necesito la compañía de una persona que me entienda. Por Dios, ven… ¡VEN!

Y cuelga.

Las ondas de mi cerebro vuelven a hacerse de color ambarino.

Me tranquilizo del todo. Una especie de extraña felicidad se instaura en mí.

He triunfado.

Ya no podrán matar a Katty. No podrán a menos que… ¡a menos que lo hagan antes de que Norton llegue!

Oigo entonces el crujido de la puerta.

Después de haber ocultado el cadáver de tío Robert, Larry entra en la sala con la lentitud de un fantasma.

CAPÍTULO XIV

SEIS CUARENTA DE LA MADRUGADA

Me doy cuenta de que ha oído la conversación, y, por lo tanto, sabe lo que eso significa. Si Norton viene, ellos dos no podrán hacer nada. Su plan fracasará. Necesitan matar a Katty porque ella, como esposa mía, también es heredera de tío Robert en una porción. Y no están dispuestos a perder ese dinero ni a tener, además, un molesto testigo en contra, un testigo que de pronto se puede poner a recordar detalles que no encajan.

Katty está de espaldas.

Cambian una mirada entre ellos.

Y me doy cuenta de lo que va a pasar. Pueden acuchillarla, pueden estrangularla. Pueden hacer cualquier cosa con la seguridad de que luego la culpa vendrá hacia mí. Les bastan unos minutos. ¡Y lo conseguirán antes de que Norton llegue!

Oigo la voz tranquila de Larry.

—¿Va a venir?

—Sí.

—¿Dónde vive Norton?

—En Pimlico Road.

—Eso está bastante lejos de aquí…

—Sí —dice lejanamente Katty—. Aun contando con que las calles están despejadas a esta hora, necesitará emplear en coche unos veinte minutos.

Larry sonríe simiescamente.

—¡Pues qué bien…!

Katty entorna los párpados.

—¿Por qué dices eso, Larry?

—¡Oh, por nada!

—Pues yo tengo la sensación de que te gusta que él tarde.

—Oh, qué tontería A mí me importa poco, ¿sabes? Era solamente por curiosidad. Por cierto, ¿no podríamos beber algo?

—No hay inconveniente. ¿Y tío Robert?

—Descansa.

—¡Ah, bien!

—Sírvenos un poco de *whisky*.

—De acuerdo.

Abandona la sala donde está el ataúd, pasando a la habitación contigua. Yo me doy cuenta de lo que van a hacer. La esperarán cada uno a un lado de la puerta y la acuchillarán. No tendrá ni un segundo para defenderse. No podrá gritar. Lo harán antes de que Norton llegue y luego le darán cualquier excusa. Antes de que Norton llegue…

Percibo los pasos de Katty al otro lado de la puerta.

A una seña de Larry, se sitúan uno a cada lado, esperándola, tal como yo imaginaba. Larry lleva un cuchillo. Él será quien aseste el golpe mortal, mientras Sam se ocupará solamente de que Katty no haga ruido al caer. Cuando aparezca la destrozarán. Y yo ya capto sus pasos con más claridad cada vez. Va a abrir… Va a abrir… ¡YA ESTA AHÍ!

Mi cerebro se ha nublado del todo, las ondas son rojas otra vez, el odio me estremece, la sensación del infierno me llega hasta la carne. Sé que Katty va a morir y que nada habrá servido de nada. Norton no la salvará. No llegará a tiempo. Y yo no puedo moverme, no puedo hacer nada. Tengo que verla morir ¡MORIR!

La puerta tras la que está Katty se abre.

Ella ya está allí.

¡EL CUCHILLO BRILLA!

Y en ese instante suena el timbre de la puerta.

Los dos se estremecen. El chasquido de sus dientes corta el aire. Pero Katty, que no se ha dado cuenta de nada, dice con la mayor naturalidad del mundo:

—Alguien viene. Voy a abrir.

Y se dirige hacia la puerta. Los dos miserables sé miran con desesperación. Claro que aún puede ser alguien que venga para quedarse unos minutos solamente.

Pero, de pronto, se derrumban.

De pronto las ondas de mi cerebro vuelven a hacerse de color ámbar.

Porque todos oímos perfectamente la voz de Norton, su voz animosa:

—¿Te sorprende que haya llegado tan pronto, Katty? Es que en realidad te llamaba desde la cabina telefónica que está al pie de tu casa, ¿sabes? ¿Te molesta…?

Capítulo XV

DOS DE LA TARDE

Las pilas se han ido agotando, mi cerebro ha dejado de emitir ondas, las ausencias de todo lo que me rodea se hacen más frecuentes cada vez, pero aún me doy cuenta de algunas cosas. Me doy cuenta, por ejemplo, de que se ha hecho de día y de que ya llevamos muchas horas así. De que alguien ha apagado los cirios. De que entra un sol tímido en la habitación. De que bastantes personas han venido en breves visitas, estrechando la mano de Katty y retirándose seguidamente.

Todos me dirigen alguna mirada, y por esas miradas me doy cuenta de quién me apreciaba, de quién estaba conmigo, de quién sentía indiferencia al verme. Ahora no disimulan. Tengo una rara penetración, un extraño don, y puedo advertir en las miradas cosas que antes no advertía. La verdad está ante mí; la verdad desnuda de los hombres.

He podido darme cuenta de algo: de que en realidad no me odiaba nadie. Todas las miradas son cálidas; muy pocas son indiferentes y ninguna es de satisfacción. Me doy cuenta también, no sin sorpresa, de que uno de los que más han sentido mi muerte ha sido Norton, que no se ha apartado de mi ataúd ni un minuto.

Eso no ha permitido a Larry ni a Sam hacer nada, aunque sus miradas, esas miradas que yo sólo puedo captar, son elocuentes: ya encontrarán un sistema para acabar con Katty. No desesperan. Son constantes y ya la atraparán. Ya la atraparán…

Las horas son una extraña sucesión que para mí no existe, son como una inmensa larva gris que se enrosca sobre sí misma. Confusamente veo también que vuelven los dos inspectores de Scotland Yard, pero Larry no les permite registrar la casa porque

dice que haría mal efecto. Su papel de hombre honrado al que la policía está ofendiendo resulta la mar de convincente. Kinley y Manson se van otra vez.

Me doy cuenta de que un rayo de sol acaricia mi cara.

El último sol…

Me doy cuenta de que me espera una muerte horrible, pero eso ya no me importa si Katty se salva. Es extraña mi resignación, es extraña esta paz sobrenatural que no creí que existiera nunca. Tengo la sensación de que alguien me juzgará, de que el Ser Supremo me hará comparecer ante su presencia, pero no sé cuándo. ¿Qué es el tiempo para Dios? ¿Cuándo llega cada juicio particular? ¿Se va en seguida al cielo, se va en seguida al infierno o hay un plazo antes? ¿Quién lo sabe? Repito: ¿qué es el tiempo para Dios?

No sé por qué pienso en esto, pero es así. Las ideas que en otro tiempo me hubieran asustado me consuelan ahora, me tranquilizan. Me he acostumbrado tanto al ataúd que es ya como una especie de hogar del que no sé si debo salir. La dulzura del sol es una dulzura sobrenatural. De un punto lejano del espacio que yo no sé precisar, parece llegar una extraña música.

Y entonces me doy cuenta de que se me llevan, que ha llegado el fin, de que ya nada tengo que hacer. Voces extrañas y roncas se acercan a mí. Un gemido de Katty desgarra el aire.

Y el sol se extingue.

El último sol.

El amigo sol…

El ataúd ha sido tapado. La oscuridad más completa se hace en mí. Las tinieblas cubren mis ojos, mi cerebro. Los objetos conocidos, las voces amadas dejan de enviarme mensajes. La madera me cubre como luego me cubrirá la losa. El olvido cae como una masa compacta y pétrea.

Todo se extingue.

La luz.

Las voces.

La sensación del tiempo.

Los re…

cuer…

dos…

Epílogo

Kinley entró dos días más tarde en su despacho de Scotland Yard, dejó su abrigo en el perchero, se frotó los ojos cargados de sueño y se derrumbó materialmente ante la mesita donde Manson aún escribía un informe a máquina.

Tenían la sensación de que llevaban años sin dormir.

De que ya no podían más.

De que habían llegado más allá de su resistencia y de que para ellos no existía el tiempo.

Kinley farfulló:

—Horrible, ¿verdad?

—Sí. Cuando demos la noticia a la Prensa no lo va a creer nadie. Todos esos cadáveres en la casa, todos esos rostros que reflejaban horror, todos esos dedos crispados… Son unos crímenes tan espantosos que pienso que no voy a poder dormir tranquilo nunca más. Y encima inexplicables. ¡Porque son inexplicables del todo! ¿Sabes lo que te digo, Manson? ¡Que no los aclararemos nunca!

Manson terminó de escribir la última línea relativa al acta de exhumación y susurró:

—Habría una explicación lógica, si es que a eso se le puede llamar lógico. Quiero decir que Archibald no hubiese muerto, sino que estuviera en estado cataléptico, pero con algunas breves recuperaciones durante las cuales hubiera cometido esos crímenes.

—Sí, supongo que sí —dijo Kinley pensativamente—. Ésa sería una explicación todo lo fantasmal que tú quieras, pero explicación al fin. Por ello el juez ha hecho exhumar el cadáver de Archibald.

Se puso un cigarrillo en los labios, pero no llegó a encenderlo de tan cansado que estaba. Luego musitó:

—Y allí, sobre su cuerpo, se encontraron pruebas de que él había intervenido en esos crímenes, pero a partir de ahí la cosa no tiene

ningún sentido, ninguna lógica, ninguna razón. ¡Sencillamente, es imposible…! Porque Archibald estaba bien muerto desde tres días antes, es decir desde que lo metieron en el ataúd. El proceso de descomposición se había iniciado y todo eso estaba clarísimo. El reposo de su cuerpo era absoluto mientras que si hubiera muerto realmente después de estar bajo la losa, el cuadro hubiese resultado espantoso… No, no… Estaba bien muerto cuando tú y yo lo vimos por primera vez. Pero entonces, ¿cómo ha podido cometer esos asesinatos? ¡Es increíble, es absurdo!

Manson le apuntó con el dedo.

—Nos lo podrán decir Larry y Sam. Ellos son los únicos. ¿Te das cuenta?

Kinley suspiró con desaliento, mientras musitaba:

—De allí vengo, Manson. No hay nada a hacer.

—¿Cómo que no hay nada a hacer? ¿Qué quieres decir?

—Están muertos.

—¿Queeeeeeé?

—Eso: que están muertos.

—¿Los dos?

—Sí. Tú ya sabes que recibimos una carta de Larry explicando que si habían descubierto un cataléptico nuevo y el cual provocaba una muerte artificial de la que luego se recuperaba uno. Que si eso le había sucedido a Archibald. Y que Sam y él se habían sometido al mismo experimento, razón por la cual rogaban que no tocáramos sus cuerpos hasta la hora de volver en sí. La carta más extraña que Scotland Yard ha recibido desde su fundación, muchacho, pero la hemos respetado como es natural. Por cierto…

—… ¿Qué?

—Siguen las cosas inexplicables. He repasado hasta por debajo de los ladrillos el laboratorio que tenían Archibald y Larry y en el fondo de un frigorífico enorme donde guardaban materias para sus experimentos, y muy bien disimulado, he descubierto el cadáver de un mono. Llevaba meses allí. O quizá un año, no sé… ¿Te digo lo que pienso, Manson? Para mí que ese mono era «Satán», el cual murió realmente con el producto que le inocularon, un producto que siempre es mortífero. Pero Larry y Archibald estuvieron dos días ausentes y entonces los otros monos se escaparon, sacaron a «Satán» de la jaula y lo ocultaron en el frigorífico. Los monos

conocen muy bien los ambientes en que se mueven y actúan como los hombres en muchas cosas. Pues bien, por una casualidad o quién sabe si con el sentido del humor que a veces los simios tienen, uno de ellos quedó encerrado en la jaula de «Satán» y ellos lo confundieron. Por las fotografías de experimentos que he visto allí, todos los monos se parecían muchísimo. Creyeron que había vuelto en sí y que su producto era un éxito, cuando en realidad no pasaba de ser un veneno terrible si se administraba en esa dosis. Luego, al escaparse todos los monos, no pudieron darse cuenta de su error. Archibald se inoculó y murió realmente. Esos dos se han inoculado y han muerto también realmente. Son dos fiambres, te lo digo yo… ¡DOS FIAMBRES!

Encendió al final el cigarrillo y dijo también con voz cansada:

—No puedo más, Manson. Todo esto me vuelve loco. Oye… y hay algo que me inquieta, algo que es estúpido pero no me deja vivir. ¿Se daría cuenta Archie de ciertas cosas cuando estaba en el ataúd? Su viuda, que esta mañana me ha hablado junto a Norton, dice que sí, que tiene la sensación de que él se daba cuenta. Pero es absurdo, puesto que estaba bien muerto. Absurdo, ¿no?

La pregunta quedó flotando en el aire, pareció dar la vuelta a la habitación, ahogarse en los cristales tras los que flotaba la niebla. Manson se puso en pie, dejó la máquina, puso las manos en sus bolsillos y susurró mientras perdía la mirada en el vacío:

—¿Sabes tú cuál es la definición legal de la muerte, Kinley?

—¿Cuál?

—Verás… Los hombres hemos llegado a la luna, pero aún no sabemos lo que es una cosa tan vieja como la muerte. Precisamente para evitar los trasplantes prematuros de órganos se ha tratado de dar con una definición absoluta, y de momento es ésta: *un hombre está muerto sólo cuando su cerebro lleva veinticuatro horas sin demostrar actividad*, es decir con encefalograma negativo. Eso quiere decir que el resto del cuerpo puede empezar ya incluso a descomponerse y el cerebro tener alguna clase de actividad, de conciencia o de conocimiento durante algunas horas. ¿Quién sabe lo que se ve desde un ataúd? ¿Quién sabe lo que se siente quizá durante un tiempo? Nadie ha contado, ¿verdad? Nadie… ¿Quién sabe, Kinley? *¿Quién…?*

Y siempre con las manos en los bolsillos, andando como un

sonámbulo, se acercó a la ventana tras la que flotaba la niebla.

FIN



Silver Kane, seudónimo de Francisco González Ledesma (Barcelona, 1927-2015)
fue un abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a Sombras viejas. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en El Correo Catalán y, más tarde, en La Vanguardia, alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica Los Napoleones y en 1983, El expediente Barcelona, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece

por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con Crónica sentimental en rojo y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Con el seudónimo de Enrique Moriel ha publicado La ciudad sin tiempo (2007) y El candidato de Dios (2008).